



Retrato realizado por Enrique Segura, en 1970.

Fermín Palma García (1886-1970)

C. Gutiérrez Aguilera

1. Biografía de don Fermín Palma García

1.1. *Ascendientes. Nacimiento. Vida escolar y vida universitaria. Médico militar*

Fueron sus padres, José de Palma Rivas y Carmen García Díaz. José era natural de Algarrobo (Málaga) y Carmen de Ferreira, situada en la vertiente norte de Sierra Nevada. El natalicio de Fermín tiene lugar el 29 de junio de 1886, festividad de San Pedro y San Pablo, en la ciudad de Guadix, donde su predecesor ejerce la Medicina. Fue bautizado unos días después, el 5 de julio en la Parroquia del Sagrario de Guadix (Diócesis Guadix-Baza), siendo sus padrinos Rafael de Palma Rivas, hermano gemelo de su padre, también médico, y su esposa María Cabezudo y Jiménez.

Abuelos paternos, Juan de Palma y María Rivas de Algarrobo, y abuelos maternos, Miguel García y Josefa Díaz, ambos de Ferreira. Ministro del Bautismo, el Reverendo don Francisco de Paula Gómez.

El hogar donde nace está situado en la placeta Torno de las Monjas, muy cerca de la catedral. La infancia hasta los nueve años, en que pierde a su padre, va a ser muy feliz, creciendo en un ambiente de ciudad con sede episcopal y seminario, que ha dado hombres ricos en humanidades y ambiente de cultura tradicional. Cerca de la catedral recibió sus primeras lecciones y en ella sus impresiones artísticas. Al fondo siempre Sierra Nevada, alma y vida de su tierra natal. A su pie, el río Verde o río Guadix, señor de su rica y fértil vega.

José de Palma, cuando nace su hijo Fermín, tiene 44 años. El matrimonio sólo tenía dos hijas: Carmen y Claudia. Después de Fermín nacieron tres varones más, Rafael, José y Alberto.

A los 53 años José morirá de una neumonía, que en aquella época era proceso mortal si no se resolvía en los primeros días. Dejó el hogar desolado, después de haber disfrutado de un prestigio profesional que se extendía a toda la comarca. El fallecimiento ocurría el 17 de septiembre de 1895.

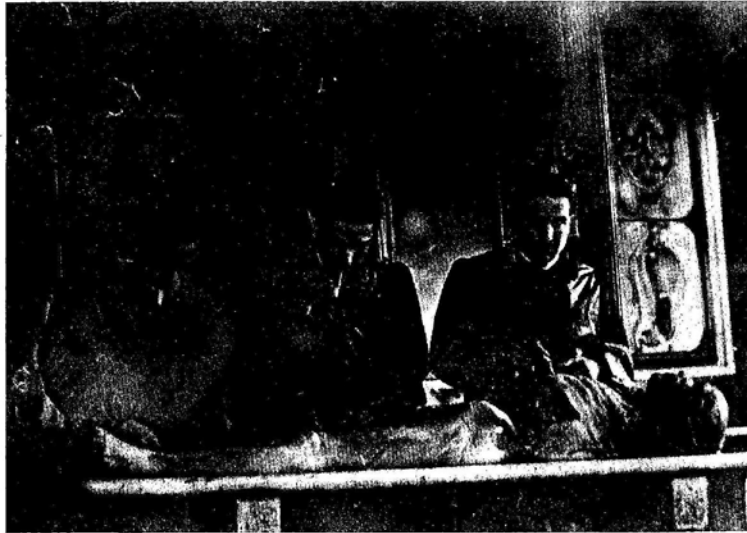
Carmen, viuda, organizó su traslado a Granada para el estudio y formación de sus hijos, tomando en alquiler un piso en la plaza Bibrámbla. Los estudios del bachillerato los realiza en el colegio de los Padres Escolapios en la ciudad de la Alhambra. Será durante las vacaciones escolares, y especialmente las de verano, cuando la familia regresa a Guadix. En septiembre del año 1900 es cuando su madre ofrecerá al Padre Poveda el piso alto de la casa accitana, pues ha sido destinado como profesor del seminario. Posteriormente, en julio de 1904, con 18 años, Fermín, terminado el primer curso de Medicina, aprovechando las faenas cosecheras, acompaña al Padre Poveda y recorren con dos jumentos convenientemente aparejados, los pueblos de Lacaahorra, Huéneja, Ferreira, Alquife, Jerez del Marquesado y Abla, para recoger donativos para las escuelas que había fundado el Padre Poveda en el barrio más pobre de la ciudad.

Terminó la licenciatura en 1911 con 20 matrículas de honor y premio «Fidel Fernández Osuna» de licenciatura. Maestros de la



18

D. José de Palma Rivas (1840-1896). Ejerció la Medicina en Guadix.



En la Sala de Disección Anatómica. Curso 1905-1906.
El primero por la derecha: Fermín Palma.



Alumnos internos de la Facultad de Medicina de Granada (1907). 1, Fermín Palma; 2, Miguel Guirao;
3, Adelardo Mora. Eran también del mismo curso, Emiliano Rodríguez Marchena,
Ernesto Hernández Férre y Rafael Moyano Campos.



20

Teniente médico en su primer destino en África (1912).
Compañía mixta de Sanidad de Ceuta.

Medicina orientaron sus primeros pasos. Interno de Anatomía primero y de Quirúrgica después, desde el comienzo de su carrera, nutrió su formación en las verdaderas fuentes, sala de disección y clínica hospitalaria.

De Víctor Escribano, caballero burgalés, gran anatómico y cirujano, recibió aquel equilibrio, mesura y delicadeza del que estaba impregnado todo su quehacer quirúrgico. El rigor científico de grandes maestros que dejaron su impronta en la Granada de la segunda mitad del siglo XIX y que, de algunos de ellos, recibió grandes enseñanzas como Eduardo García Solá (1845-1922), discípulo de otra celebridad, Aureliano Maestre de San Juan (1828-1890), que incrementó el prestigio que había dejado el saber histológico de Mariano López-Mateos (1828-1890).

La escuela quirúrgica granadina experimentó un singular auge con la presencia de Juan Creus Manso (1828-1897) que, discípulo del anatomista Juan Fourquet y del cirujano Diego de Argumosa en Madrid, gana en 1854 la cátedra de cirugía de la Facultad de Medicina de Granada y que desempeñó hasta 1877 en que se traslada a Madrid; seis años más tarde se retiró a su casa en Granada, donde permaneció hasta su muerte. Sus enseñanzas quedaron y de allí surgieron grandes figuras de la cirugía. Fermín Palma fue interno de don José Pareja y de él recibió grandes enseñanzas junto a las de su profesor de anatomía topográfica y operaciones, don Víctor Escribano, con el que mantuvo estrecha relación y continuada amistad hasta el fallecimiento de don Víctor. Todas las obras que escribió en sus últimos años de Historia de la Medicina se las envió dedicadas.

Las oposiciones a Sanidad Militar las ganó el mismo año que terminó la carrera (1911). Las obtuvieron su compañero Miguel Guirao y él. Los dos demostraron a lo largo de su vida su vocación militar con cierto talante que les distinguiría con exactitud en todo, tiempo, administración, cumplimiento del deber, cierta educada intransigencia. Sere-

nos, hombres sin miedos ni temores. Entusiasmo por la patria y veneración a la bandera e insignias nacionales.

Como médico militar, sus primeros destinos, tras una breve estancia en la Península, fueron los de la guerra africana con ambulancia y equipo quirúrgico de vanguardia, actuando en hospitales de sangre en las mismas líneas de fuego.

Después de los destinos de África, consignados más adelante en su obra de cirugía de guerra, pasó al archipiélago canario, donde estuvo destinado en Santa Cruz de Tenerife, y al regresar a la Península, el primer destino será de médico militar de la Remonta situada en Baeza, pero teniendo que asistir a la enfermería militar que estaba ubicada en el Hospital Provincial de San Juan de Dios.

1.2. Cirujano del Hospital de San Juan de Dios. Director y decano de la Beneficencia Provincial de Jaén. Fundación de la Escuela de Enfermeras

Desde la capitania de Canarias viene a Jaén avanzado el año 1917. Al año siguiente, en unión de Diego Luzón (ginecólogo), José Gómez Soriano (urólogo), Ramón Cibanto (otorrinolaringólogo), Eduardo Arroyo Sevilla (medicina interna y laboratorio), Manuel Villar (oftalmólogo) y él, encargado de la cirugía general, crean la *Clínica Operativa de Especialidades*, modelo avanzado de la época de ejercer la Medicina. Gabriel Arroyo Sevilla (radiología) se incorporaría a continuación, instalándose el primer aparato de Rayos X que tuvo Jaén, de la casa Siemens.

En 1919, el 19 de octubre, fue nombrado Médico de Entrada de la Beneficencia Provincial y Cirujano de Guardia. En 1921 (30 de octubre) tiene que incorporarse de nuevo al Ejército por el desastre de África y es destinado de médico militar al Batallón Expedicionario para África (Infante núm. 2) y pide le reserven en la Diputación la plaza sin gratificación alguna por esta causa mayor. Un año después, el 18 de octubre de 1922, se incorpora al Hospital Provincial, pa-



Fermin Palma, en Santa Cruz de Tenerife, su último destino militar extrapeninsular.

sando a ser Médico de Sala, en la sección de cirugía, el 22 de noviembre de 1922, al quedar vacante por fallecimiento de su titular don Francisco Ruiz de Alcázar. A partir de este momento una gran parte de su ejercicio profesional lo consagró al Hospital Provincial, donde dedicó lo mejor de su vida. Su labor en él puede considerarse como la mejor expresión de un saber quirúrgico no solamente asistencial, sino docente, creando verdadera escuela y elevando el nivel médico de la región andaluza.

Era nuestro biografiado de esa raza de hombres que con sólo su presencia imponen respeto, porque exteriorizaba el equilibrio y la armonía como manifestaciones de una recia personalidad, definida también por su firmeza en las determinaciones, sin que ningún acontecimiento o presión —por íntima o familiar que fuere— le hiciera cambiar. Basta leer la semblanza que hace de él José Alberto Palanca, descrita más adelante, donde narra cómo nunca se retractó de haber firmado el manifiesto monárquico tras la Guerra Civil y el único que se mantuvo firme en esta provincia, pese a sufrir amenazas y persecución.

En 1940 es nombrado Jefe del Servicio de Cirugía; en 1945, Director del Hospital, y al año siguiente, Decano de la Beneficencia Provincial. En el comienzo de la década de los años cincuenta, siendo Presidente de la Diputación Provincial Juan Pedro Gutiérrez Higuera, se crea la Escuela de Enfermeras, inquietud que tuvo y llevó a la realidad, por la ayuda que recibió del Presidente mencionado. El 29 de junio de 1956 le llegó la jubilación.

1.3. *Alcalde de Jaén. Presidente de la Diputación Provincial. Hijo Adoptivo de Jaén. Medallas de la Ciudad y Provincia. Orden Civil de Sanidad*

La política nunca la buscó. Fue más bien ella la que encontró en él al hombre del mo-

mento, dispuesto, con su recio carácter, a soportar y hacer frente a todas las situaciones en que se responsabilizó. La política, para él, consistió en desempeñar la misión con limpieza, honestidad y profunda honradez, haciendo enormemente fecunda su obra, desde el momento que flota en el devenir del tiempo. Cuando el 1.º de octubre de 1923 se le buscó para ejercer la alcaldía de Jaén, se quiso seleccionar a un hombre independiente que, sin compromiso con los partidos políticos, sólo tuviera el interés del Municipio, cargo que desempeñó con tal ejemplaridad y capacidad creadora, que fue el punto de partida de transformación de la ciudad, realizando con una seria administración y su control exhaustivo, lo que hoy, con los medios de entonces, parecería imposible. En las actas municipales se puede comprobar lo que hemos indicado. Se conserva el acta que hizo levantar, unos minutos después de tomar posesión de la Alcaldía, del arqueo que existía en aquel momento, firmada por el señor Interventor, el señor Secretario y por él. Cuando acabó su gestión hizo lo mismo, publicando además una Memoria detallada de la gestión realizada con los datos y cifras puntualizadas de una economía municipal saneada y creativa.

Siendo alcalde contrae matrimonio con Milagros Rodríguez Acosta*, el 22 de septiembre de 1924, teniendo siete hijos: Fermín, José Antonio, Alberto, María, Carmen, Antonio y Milagros. Bendijo la unión el Rvdo. Pedro Poveda, a la sazón canónigo del Cabildo.

Durante el último año del reinado de Alfonso XIII, se ocupó de la Presidencia de la Diputación (marzo de 1930). Dejó una labor de pavimentación de los caminos provinciales, de mejoras del Hospital Provincial en los pabellones nuevos que daban a la zona noroeste, la ampliación del cuerpo facultativo de la Beneficencia, creando la

(*) Milagros es hija de Antonio Rodríguez Martín, natural de Toledo y perteneciente a su Comunidad Mozárabe (privilegio que se perpetúa en sus descendientes), y de María Acosta Roldán, natural de Linares. Cuando se celebra el matrimonio, Antonio Rodríguez Martín es Fiscal Jefe de la Audiencia de Jaén.



Cuerpo facultativo de la primitiva «Clínica Operatoria», fundada en Jaén por Fermín Palma, en 1918. Sentados de izquierda a derecha, Manuel Villar, oculista; Ramón Cibanto, otorrino; Eduardo Arroyo Sevilla, medicina interna y laboratorio. De pie, Fermín Palma, cirugía general; Diego Luzón, obstetricia y ginecología y José Gómez Soriano, riñón y vías urinarias



De izquierda a derecha: Fermín Palma, Cibanto, Suca y Graciliano García. En la rebotica del farmacéutico Suca, tenían la tertulia.

plaza de alienista y de dos médicos auxiliares de cirugía, más la iniciación de la construcción del Sanatorio Antituberculoso en la finca que se adquirió de El Neveral (que en un principio se llamó *Enfermería Victoria Eugenia*) y, finalmente, el concurso para la construcción del frenocomio provincial. Al establecerse la República el 14 de abril de 1931, cesó en la Presidencia de la Diputación y entregó a la nueva Corporación, una gestión condensada en obras y una economía provincial saneada. También, el mismo día que se incorporaba el nuevo Presidente, hizo levantar acta del arqueo que se encontró a su entrada y el que dejaba a su salida, con toda la labor realizada perfectamente contabilizada.

Solía visitar durante los veranos las principales clínicas quirúrgicas europeas. Tenía una gran influencia de la cirugía francesa y de la alemana, razón por la que le sorprendió la Guerra Civil ampliando estudios en los Hospitales de Berlín. Tras la guerra se consagró sólo al Hospital, su clínica privada y sólo aceptó la Presidencia del Colegio de Médicos que desempeñó con la misma diligencia que había tenido en sus otras actuaciones.

Hijo adoptivo de Jaén (1950) por acuerdo municipal y medalla de la ciudad. También medalla de la provincia. Finalmente ingresó en la Orden Civil de Sanidad en 1956, fecha de su jubilación. En su clínica privada estuvo trabajando hasta los 82 años, su fallecimiento tuvo lugar dos después, a los 84 años (16 de septiembre de 1970).

1.4. Semblanzas crítico-elogiosas después de su fallecimiento

Después de su muerte, grandes personalidades hicieron, en revistas nacionales y provinciales, semblanzas, de las que sólo reproducimos la del Profesor José Alberto Palanca, exdirector General de Sanidad y catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid; la del profesor Miguel Guirao Gea, catedrático de la Facultad de Medicina de Granada; la de don Juan Pedro Gutiérrez Higuera, Decano de la Beneficencia Pro-

vincial a la sazón, y la de don Manuel Larrocha Torres, que expresó muy bien en su semblanza el afecto filial que le profesaba. A este respecto, puede consultarse el número del *Seminario Médico* del Instituto de Estudios Giennenses. Vol. XVIII, núm. 32, 1971 (págs. 1-107), dedicada íntegramente a la figura humana de don Fermín.

1.4.1. Algunas facetas de la personalidad de Fermín Palma García, por José Alberto Palanca

Conocí a Fermín Palma hacia el año 1903, en Granada. Yo estudiaba el tercero de Medicina y Fermín debía andar por el primero. Nos reuníamos por la tarde a tomar café en la casa de socorro, cercana a la acera del Darro, y así se fue creando una amistad que se acrecentó con los años. Nos veíamos en el teatro, en el café y, algún tiempo después, Fermín me invitó a que le hiciese una visita en Jaén. «La tierra del ronquío» era entonces un pueblo muy inferior a Granada, y toda su vida se desarrollaba en la plaza de la catedral y en la calle Maestra. De política no nos ocupábamos ni poco ni mucho, sólo sabíamos que en Granada, los que mandaban eran Juan Ramón de la Chica y Natalio Rivas, y en Jaén, Prado y Palacio y Ruiz Jiménez. Las ideas monárquicas de Fermín Palma debieron nacer con la visita de Alfonso XIII a Granada. Le vimos entrar a través de las rejas del jardín botánico y luego hubo una recepción en el Ayuntamiento.

Yo terminé la carrera dos años antes que él y los dos ingresamos en Sanidad Militar. Naturalmente, nos pasábamos la vida en África. Yo, por ejemplo, estuve un año en el peñón de Alhucemas, otro en Tenerife, otro recorriendo la zona del Protectorado estudiando el Paludismo, sin contar los muchos meses que pasé con motivo de la catástrofe de Annual. Fermín Palma pasó tres años en Ceuta en la ambulancia que mandaba un granadino, Gómez-Arroyo.

Todos los que servíamos en África estábamos convencidos de que el Gobierno era incapaz de resolver el problema africano

y que caminábamos derechos a la catástrofe. Volvimos a la Península amargados y cada día más lejos de la política nacional. Pero ocurrió lo imprevisto, que se sublevó el general Primo de Rivera. La provincia de Jaén se dividió en dos hombres de prestigio: uno de nosotros nos fuimos con el general Saro y otros con Yanguas. Fermín ocupó, sucesivamente, la presidencia del Ayuntamiento y de la Diputación. Yo fui director general con el Gobierno Berenguer. Unido a Fermín Palma y a don Fernando Obregón, comenzamos la construcción del Sanatorio de «El Neveral», al que yo iba enviando, conforme me lo pedían, libramientos de 50.000 pesetas; pero, como muestra de cómo pensaban y andaban los funcionarios de aquella época, señalaré que el siguiente día de las elecciones, que dieron al traste con la monarquía, sólo faltaba por enviar un libramiento de 50.000 pesetas y yo me apresuré a mandarlo para su normalización a la Intervención del Estado en el Ministerio de la Gobernación. Pero, con gran sorpresa mía, el interventor me lo devolvió sin firmar, negándose a hacerlo y, para curiosidad de los lectores, diré que su apellido era nada menos que Cánovas del Castillo y, a mayor abundamiento, era el propietario de la fotografía que, en la calle de Alcalá, reproducía a toda nuestra aristocracia, y llevaba por apodo nada menos que Kaulak. Entonces recurrí a aquel famoso ingeniero pecuario Gordón Ordaz, que fue a ver a Cánovas y le obligó a pagar en el acto, y la República no vino hasta el día siguiente. Gordón Ordaz era radical socialista y luego fue uno de los más famosos «jabalí» de las Cortes republicanas.

La República nos obligó, a Fermín y a mí, a permanecer aparentemente inactivos, pero para sustraernos a toda vigilancia, nos reuníamos en una finca del general Saro llamada «El Teatino», donde, en compañía de Obregón, forjábamos nuestros planes. Pero estas reuniones duraron poco, porque no tardó en desencadenarse la Guerra Civil. En el famoso tren de la muerte,

asesinaron a Obregón, y Fermín y yo nos salvamos de milagro. Yo entré a formar parte del ejército del norte a las órdenes del general Mola, y, tras muchas peripecias, que no es ahora momento de contar, reanudé, dos años y medio más tarde, mis campañas en Jaén, ayudado, una vez más, por Fermín Palma, y siendo yo diputado a Cortes.

Terminada la guerra, volví a ser director general, y hace 23 años (en 1947) a nuestro Gobierno se le ocurrió hacer un referéndum para determinar la forma de gobierno que más gustaba al país. Pero en el mes de julio de aquel año me llamó el ministro de la Gobernación y me dijo que antiguos amigos míos habían lanzado un documento a modo de proclama monárquico y que como primer firmante lo encabezaba un amigo mío. Yo debía marchar a Jaén y tratar de que retirase la firma.

Salió, pues, inmediatamente y el gobernador civil, un notario castellano, poco menos que me quiso echar, porque decía que con 20.000 duros de multa y dos años de cárcel, hacía entrar en razón al más rebelde. Se consultó al ministro, que insistió en mi gestión.

Primeramente visité al obispo, que estaba enfermo, en el hospital de Santiago de Úbeda, y tuve la suerte de que en esos pocos días coincidiesen factores que hicieron cambiar la actitud del prelado, y rápidamente él mismo me propuso una fórmula muy favorable a nuestros deseos. El reproducir en el «Boletín del Obispado» la pastoral publicada por el primado de Toledo, y yo me marché tan contento.

En Mancha Real, a donde fui después, la situación cambió de aspecto, porque evidentemente unos cuantos días de prisión y 20.000 duros de multa resuelven muchas situaciones que parecen difíciles. Después de Mancha Real, estuve en Martos y en otros muchos pueblos, para terminar mi cometido en Jaén capital. Y aquí tuve el único tropiezo de mi gestión: Fermín Palma, después de decirme que él haría lo que yo quisiera, me pidió que no le obligase a re-

tirar su firma del manifiesto, porque él era monárquico de toda su vida y pensaba seguir siéndolo hasta que muriese. Además, su sola presencia en el manifiesto no iba a arrastrar ya ni un solo voto. ¿A qué obligarlo a que retirase una firma que no tendría la menor consecuencia política? Me pareció que tenía razón y regresé a Madrid, tan contento por el buen resultado de mi gestión.

El ministro me recibió enseguida, le di cuenta de todas mis gestiones, de cuyo fondo nadie se enteró hasta muchos meses después. El ministro me escuchó atentamente; se quedó pensando un rato y terminó por decirme: «De todas las personas que usted ha visitado, no hay más que una que merezca el mayor respeto, su viejo amigo Fermín Palma».

Aunque al final de este episodio ya no intervino Fermín Palma, contaré, como cosa curiosa, que en el mes de septiembre de aquel mismo año acompañé al ministro a una cena que nos dio en Valladolid el viejo notario castellano, que había sido trasladado a esta ciudad. Y cansado el ministro de oírle que criticase mi gestión, terminó por decir algo con lo que quedó resuelta mi actitud, sin que nadie se lo explicase en aquel momento, pero todo quedó patente unos meses después.

Desde ese momento, Fermín Palma se abstuvo de toda intervención en la política provincial y nacional, y mucho tiempo después, acompañando al mismo ministro a un viaje que hicimos a Jaén, me dijo: «Me gustaría mucho conocer a su amigo Fermín Palma, porque es raro encontrar un hombre de sus condiciones». Llamé a Fermín a la escuela de Puericultura de Jaén, le presenté al ministro, que le dio un abrazo. «¿A qué se debe —me preguntó— esta efusión con que me ha saludado el ministro?». Y yo le contesté: «En el fondo va la admiración que le ha producido tu conducta, y conste que este hombre, ni es monárquico ni lo ha sido nunca».

Desde entonces, Fermín se consagró al ejercicio de su actividad profesional y a su sa-

natorio, y yo he mantenido siempre con él mis relaciones amistosas.

Y aún diré más: los viejos tenemos una propensión grande a la exteriorización de nuestros sentimientos y, para mí, la lectura en el «ABC» de su esquila mortuoria, hizo que se me saltaran las lágrimas. Era el recuerdo de toda una vida que pasaba por delante de mis ojos.

Y nada más.

Madrid, diciembre 1970.

1.4.2. Época universitaria y recuerdo de Fermín Palma García, por Miguel Guirao Gea

Cuando se escribe de un compañero muerto se hace siempre con tristeza y con un cierto miedo. Somos de barro, todo lo enmohecido que se quiera, pero barro al fin, y, al lamentar la desaparición del compañero parece que enviamos, con ello, un anticipo de la propia nuestra. No es faena grata, aunque obligada, muy obligada. Hay que decirles adiós y rezar por su alma. ¿Cómo no?

Si se ha atravesado casi la barrera de la vida, desconocida, pero cierta, se está esperando el pago de la deuda que firmamos al traernos a este mundo con un lenguaje sin sonoridad ni gorjeo, pero con la ineludible terminación de un contrato que hay que cumplir. No es ésta una expresión a lo Shakespeare, pero es una gran tragedia si la muerte fuera, realmente, el término de la vida.

Fermín Palma García y yo nos conocimos hace sesenta y seis años (en 1904). Se han cumplido al empezar el curso en la Universidad de Granada, hace unos días. Era entonces octubre de 1904. Veníamos él de Guadix y de Vélez Rubio, yo, para estudiar Medicina.

Para recoger mis recuerdos, aventados por los años y las décadas, quiero ofrecer el cuadro de nuestros tiempos de estudiantes. Lo creo conveniente.

...

Es obligado para mí que lo recuerde con cariño sincero y noble, olvidando los res-

balones que su vejez, su ingenuidad, aprovechó para hacerle sufrir. Muy enfermo ya, me visitó en Granada, en compañía de su nieto, rogando que nuestra entrevista, que él decía sería la última, se realizara en algún café que tuviera calefacción, porque sentía frío como en pleno invierno. Como estábamos en junio, hubimos de buscar mucho, y en uno de los pocos establecimientos que los bares no habían «barrido» todavía, mandé encender una estufa de butano y allí estuvimos juntos la última vez, contándome con dificultad episodios de su vida médica en Jaén, con su inocencia como fondo de sus relatos y una discreta y graciosa picardía que tantos comentarios había despertado siempre. Así acabó mi amistad con el querido compañero, porque falleció al poco tiempo. Que el Señor lo haya perdonado.

Fermín Palma García fue un alumno serio, silencioso, retraído, con una ironía fina y muy inteligente y un verdadero tratado de voluntad. Desde nuestros primeros contactos surgió una amistad entre nosotros, que terminó con su muerte, a la que dedico estas palabras de condolencia sincera.

En Anatomía era un técnico consumado. Era compañero de mesa, en la Sala de Disección, de Adelardo Mora, Enrique Moyano y mío. Las disecciones de Palma eran, para el catedrático y para nosotros mismos, las mejores. Había en ellas destreza, rapidez, presentación, arte en fin, y esto es precisamente la Técnica Anatómica, conjunto de Anatomía y Disección, no la Disección sola, que sólo indica cortar y cortar algo para descubrir su interior, sino maniobra artística para estudiar la Anatomía en el cadáver. Fermín fue un verdadero artista en la Sala de Disección.

Pienso yo que allí nacieron sus aficiones quirúrgicas, tal vez al comprobar que era más diestro, más artista, en suma, que todos sus compañeros de mesa, tal vez alguno más anatómico. Este autoanálisis fue, a mi juicio, el «leit motiv» de su vida, que le hizo triunfar y consiguió legar a sus hi-

jos, que llevan gallardamente, el caudal de su padre. Rara avis.

Su carrera fue magnífica, triunfante, silenciosa, llevada con una constancia envidiable. Fue alumno interno, por oposición, cobrando al principio 37,50 pesetas mensuales. Terminó su licenciatura con sobresaliente, logrando un premio llamado «Premio Fidel», que había instituido el catedrático de Patología Médica, don Fidel Fernández Osuna, fundación que duró unos cuantos cursos solamente. El primero fue obtenido, por oposición, por don Ramón Álvarez de Toledo y Valero. Fermín debió ser el tercero beneficiado, no pudiendo afirmarlo porque la fundación debió ser semioficial, no hecha a través del Ministerio de Instrucción Pública, que llevaba una engorrosa tramitación, y el ejercicio de Fermín debió recogerlo don Fidel, sin devolverlo a la Facultad. El título era uno de Licenciado en Medicina y Cirugía.

Con la licenciatura vino nuestra dispersión, pues cada uno tendría que seguir su rumbo en el ejercicio de su carrera. Sin embargo, Fermín y yo, nos reunimos en octubre del 1911, año de nuestra licenciatura, como médicos alumnos de la Academia Médico-Militar, en Madrid. No estaban Mora y Moyano, aunque sí Hernández Ferrer, accitano, y Rodríguez Marchena, granadino.

Nuevamente trabajamos mucho en las mismas clases comunes, con programas iguales y prácticas adecuadas a la especialidad militar. Allí volvió a destacar Fermín como trabajador, inteligente, cumplidor, disciplinado, sobrio y capaz de ser militar en la medida que exigía la nueva profesión Médico-Militar.

Terminados los estudios, prematuramente, por necesidades de España en Marruecos, fuimos ascendidos a médicos segundos (tenientes médicos). Yo marché destinado a Tarragona y me separé de Fermín. De Tarragona fui a Tetuán y allí nos reunimos otra vez los dos amigos, en la Compañía Mixta de Sanidad Militar de Ceuta, mandada por el capitán médico don Francisco Gómez

Arroyo, que operaba a las órdenes del general don Miguel Primo de Rivera. En aquel destino mandábamos tropas y no pudimos ejercer la medicina.

Ascendimos a médicos primeros (capitanes médicos), volví yo a África (Melilla, años 1912 a 1914) y a Larache (1916 a 1917), hasta que en 1918, obtuve la Cátedra de Técnica Anatómica de Sevilla, pasando a la de Granada, en 1919.

Al final de nuestra guerra, estando yo de comandante médico, director del Hospital Marroquí, en Granada, vino destinado a esta plaza Fermín Palma, como médico de Sanidad, renovándose nuestros encuentros. Él marchó a Jaén y yo quedé en Granada al terminar la contienda.

Durante este largo período de años, supe que él había fijado su residencia en Jaén, que trabajaba con envidiable acierto como cirujano y había realizado en la ciudad una campaña política, que destacó, en una medida tal, que la ciudad acabó rotulando con su nombre una calle, abonando así a Fermín parte de una factura que él no hubiera presentado a la ciudad.

Dios ha premiado su esfuerzo. Sus hijos llevan adelante la ejecutoria quirúrgica de su padre, en una excelente clínica que él fundó, refrendando con brillantéz la labor de un hombre que lo hizo todo, siendo, cumplidamente, un patrón envidiable de trabajo, honradez, disciplina, caridad, hombría, compañerismo, austeridad y ciencia. A un padre como él no queda más camino que continuarlo y mejorarlo, si es posible. A hijos como ellos les queda obligada la ciudad de Jaén, con la seguridad de que los Palma Rodríguez seguirán cultivando, con medios modernos, el campo que su padre roturó. Les será más fácil recoger los frutos. Espero que no se olviden ellos del comportamiento con el que la urbe premió a su laborioso padre. Escribe un autor judío, Salem Asch, que el proceso de olvidar es más difícil que el de aprender, desarrollando esta idea en la teoría de la transmigración o metempsicosis que él explica extensamente.

Me ha parecido oportuno expresar que los hijos del amigo me han recordado al padre. Tienen rasgos muy parecidos a los suyos cuando era joven. Espero que tengan, también, un «corazón» como el suyo. Existe en el hombre otro corazón que no es el órgano principal del pecho, el emperador del mediastino. No es otro que el que padece lesiones espirituales comparables a las orgánicas del primero: estrecheces (la mezquindad, la tacañería); dilataciones (la prodigalidad, la fanfarronería); afeciones congénitas (el odio, el rencor, la avaricia); tumores, en fin (los celos, la envidia). Éste espero que sea el corazón de los hijos médicos de Fermín Palma. Escribió Schiller que no son la carne y la sangre, sino el corazón, quien nos hace padres e hijos. En cuanto a ti, amigo desaparecido... descansa en paz. Sit tibi terran levis. Sic transit gloria mundi.

¿Nos volveremos a encontrar?

Granada, octubre 1970.

1.4.3. Recuerdo y apología de Fermín Palma García, por Juan Pedro Gutiérrez

Uno se pregunta, cuando ve desaparecer de esta escena de la vida a algún querido o admirado amigo, si no se lleva consigo algo nuestro también, porque en la existencia de cada persona, los afectos y los recuerdos en la vejez, como los trabajos e ilusiones en la juventud, se proyectan a su alrededor pero se incorporan al patrimonio propio, por así decirlo, y tan mío es, ahora, cualquier parte u órgano de mi propio cuerpo como un afecto, sentimiento o vínculo de mi historia personal.

Al morir don Fermín, esta sensación de perder algo propio, se me ha acentuado por múltiples razones. La ejemplaridad de su vida, el vigor de su energía, la intachable honestidad y lealtad de su conducta, la incansable laboriosidad y la proyección de estas y otras virtudes o méritos donde quiera que fue requerido y actuó, fueron para mí lección y estímulo, contribuyeron por vía de ejemplo a formar mi persona.

Me consuela pensar, con un consuelo humano, aparte de los otros sobrenaturales o religiosos que dan a la vida su justa medida, que un hombre tan afortunado como nuestro don Fermín no puede decirse que se haya extinguido, al morir, como lumbre que se convierte en cenizas, pues su numerosa descendencia, de sangre y de enlaces, ya había cogido la antorcha del relevo y ahora la levantará y pasará orgullosa y fielmente. También lo harán, en gran medida, discípulos, colaboradores y amigos y los que, no siéndolo, quieran o tuvieron que inspirarse en su ejemplo.

Estas líneas de homenaje y recuerdo al ilustre hombre desaparecido no tienen intención biográfica, sino, más bien, antológica. El detalle de fechas, cargos o trabajos es menos importante que el juicio crítico de una vida o el intento de escoger entre la infinita variedad de sus aspectos y actividades de algunos de los más sobresalientes o mejor conocidos por el que los recoge.

EL PROFESIONAL

Fundamentalmente, don Fermín fue un precursor. Algo raro sonará en los oídos del hombre de 1970 el elogio de una preocupación por el trabajo médico conjuntado, dividido y coordinado; una vez inventada la palabra «equipo» y su aplicación a esta forma de actuar, se incorpora el término y el método a ese mundo del pensamiento en serie y de conductas habituales, pero las cosas no eran así hace medio siglo y fue precisamente entonces cuando don Fermín organizó la primera «Clínica de Especialidades» que se abrió en Jaén, rompiendo una tradición secular de individualidades que habían prestigiado en el pasado nuestra profesión, solitarios, aislados, como era posible y necesario en el siglo XIX, pero como no se podía seguir haciendo desde que la complejidad de las técnicas especializadas determinaron un cambio de frente en el mundo de la asistencia médica. Este fenómeno fue captado muy precisamente por don Fermín, que puso al ser-

vicio de su implantación y desarrollo en Jaén los esfuerzos y el tesón característico de su personalidad.

Simultáneamente, con esta preocupación por rodearse de colaboradores y discípulos, surgió en él la de crear los medios hospitalarios públicos y privados que permitieran el ineludible cambio del escenario asistencial desde el domicilio del enfermo al sanatorio o clínica. A su muerte, ambos objetivos están ampliamente alcanzados y para su mejor logro, en lo que de él dependiera, no sólo aportó su trabajo y sus bienes de fortuna, sino también su propia sangre, pues ahora la magnífica clínica de La Inmaculada tiene a su servicio nada menos que tres hijos, un yerno y varios sobrinos, todos ellos de calidad humana sobresaliente.

La cirugía que don Fermín encontró —cirugía de amputaciones y poco más— fue regada con el sudor de su frente y pronto vimos abordar cavidades orgánicas y sintonizar dentro de los limitados horizontes de una provincia como la nuestra, pobre en economía y en cultura, con la transformación vertiginosa de las técnicas quirúrgicas en el resto de España y del mundo.

Estas tareas y este modo de abordarlas atestiguan una firme voluntad de perfección y progreso que no fueron obra suya en el planteamiento de sus principios rectores, pero que sí fueron anticipación a su época en el tiempo y en el espacio.

EL POLÍTICO

Don Fermín no fue nunca un político, dicho sea sin intención de menosprecio para esta función, tan noble y bella cuando es rectamente ejercida, pero actuó en cargos públicos —de los más destacados en Jaén y su provincia—. Alcalde de la capital —cinco años— y presidente de la Diputación —un año y medio—. Estas actividades tuvieron dos características: la primera, no ser buscadas ni deseadas; la segunda, ser desempeñadas con la notable eficacia que sabía dar a cualquier cosa que hiciera.

En la primera ocasión (Alcaldía de Jaén) fue designado recién instaurado el régimen político de la dictadura del general Primo de Rivera. Los que vivimos aquella época histórica, no podemos olvidar el unánime y afanoso deseo que puso el nuevo Gobierno para buscar sus colaboradores entre los mejores hombres que la sociedad pudiera ofrecerle, como si quisiera inyectar savias nuevas y limpiar los vicios y lacras que se habían apoderado de la organización democrática, ahogando lo que ella pudiera tener de méritos en las personas y excelencias teóricas en el sistema. En Jaén encontró a este joven, prestigioso, militar -médico militar-, de acreditadas calidades de patriotismo, dotes de mando y ejemplar honestidad. La etapa de don Fermín como alcalde merece ser recordada, analizada y mostrada como ejemplo. Fueron cinco años de seria gestión administrativa y económica, de planteamiento y abordaje, de problemas nunca pensados, de orientación moderna y valiente: el caudal de energía que puso al servicio del nuevo abastecimiento de aguas, del ensanche, mercados, alcantarillado, escuelas, mataderos, saneamiento financiero, pueden calificarse de asombrosos. Encontró en Caja, al posesionarse, la pintoresca cifra de 1.400 pesetas y unos «atrasos» o deudas de 257.000 para un presupuesto ordinario de un millón de pesetas. Al cumplir los cinco años, toda la economía saneada, ningún atraso (de presupuesto ordinario) y un incremento notable del inventario de bienes inmuebles, enormemente superior al volumen de la única deuda de 3.500.000 pesetas procedentes del crédito del Banco de Crédito Local de España. Los que hayan tenido a su cargo una tarea análoga a la apuntada, podrán comprender el derroche de esfuerzos, amor y valor cívico que esta tarea llevó consigo. El abastecimiento de aguas de Riofrío, por ejemplo, representó un viraje de 90° en el rumbo de las realizaciones municipales. Antes de don Fermín, cántaras apoyadas en las caderas de las mujeres en fila de hor-

migas hacia la cola de los pilares públicos y un reducido número de favorecidos por la fortuna viendo cómo en los patios de sus casas morunas saltaba y se perdía el agua de sus plumas en los pilones de fuente-tazas; después, iniciación de un moderno alcantarillado, proliferación de servicios sanitarios, duchas y baños por doquier. Ha sido posible el enorme crecimiento de Jaén gracias a esta política municipal sanitaria de revolucionarias proyecciones sociales y económicas. Don Fermín puede calificarse, con justicia, como el Bravo Murillo de Jaén. No vale decir que el abastecimiento aquel de Riofrío fue insuficiente, tímido o erróneo en sus concepciones técnicas; quien inventó el motor de explosión o quien abolió la esclavitud, no pueden ser culpados si un coche moderno marcha mejor o peor o que las reglamentaciones sociales y convenios colectivos tengan tales o cuales defectos.

La política de mercados, mataderos, cementerios, fue planteada con ambiciosas miras y comienzos firmes. Igual ocurrió con el ensanche de la ciudad, obra muy personal, meritoria y altruista del arquitecto y gran giennense don Luis Berges Martínez, y en cuya gestación no debe olvidarse la participación de otro perspicaz y entusiasta hijo y amante de nuestra capital, don Inocente Fe. El plan de ensanche de los años 20, obra de don Fermín y sus colaboradores, se ha mostrado en años sucesivos clarividente y acertado en grado sumo y mejor podrían apreciarse sus excelencias si en la ejecución se hubieran mantenido o respetado las líneas maestras rectoras del plan últimamente vulneradas con miope visión.

En su conjunto, la obra municipal de don Fermín estuvo marcada por una preocupación sanitaria y cultural, así como por una recta, enérgica y beneficiosa gestión administrativa. Él trazó los caminos por los que han marchado los sucesivos rectores de la vida municipal con mejor o peor fortuna, pero sujetos al patrón de aspiraciones y de conductas que él dejara.

Otra coyuntura política nacional, esta vez más áspera, determinó su nombramiento de presidente de la Excm. Diputación. Eran años crepusculares, críticos, que presagiaban fuertes tormentas y exigían una entrega entre valerosa y abnegada. Era preciso apuntalar con prestigios personales la tambaleante fábrica de un sistema y de un régimen amenazados de ruina. Cuando don Fermín salió de la Presidencia, entregando el organismo provincial a la reciente República, su marcha fue digna y valerosa, un poco altanera, pero no desafiante, y su gesto inspiró respeto, ciertamente merecido.

PERFIL HUMANO

Don Gregorio Marañón decía y escribió con su profundo conocimiento de la vida y de los hombres, que los tres grandes vicios del hombre español eran: 1.º La incapacidad para el esfuerzo continuado. 2.º La escasa aptitud para buscar o aceptar la colaboración. 3.º La rebeldía frente a la autoridad. La enmienda de los males consecutivos a estos vicios raciales comportaba el cultivo de las virtudes contrarias: tesón infatigable, apertura a la cooperación y disciplina social, profesional y política. Tales eran las características temperamentales del héroe civil.

En Jaén, pocas personas entre las ilustres o seleccionadas por la criba espontánea de la vida comunitaria, han demostrado tan relevantemente como don Fermín ese conjunto de virtudes. Desde su infancia hasta su lúcida ancianidad no consintió que decayera un sólo día la entrega a su trabajo y a sus deberes; sembró generosamente la semilla de su actividad incansable en el cumplimiento de la tarea y yo creo que a este ejemplo, tanto o más que a la tradición hereditaria, se debe el que los continuadores de su obra muestren las calidades humanas que los distinguen.

Tampoco rehusó, sino que procuró ayudar y acogió con invariable agrado, toda iniciativa o petición de incorporarse a los grupos de trabajo o a las instituciones bajo

su mando; si el equipo no ha sido más numeroso culpa será de la persistencia en nuestro ambiente del miope y trasnochado individualismo o de la supervivencia de mecanismos sociales y económicos que lo permiten y aconsejan, pero no de la actitud cerrada u hostil que jamás existió en su ánimo ni en su conducta.

Finalmente, la obediencia o disciplina fueron, en la vida de don Fermín, cualidades aceptadas sin reservas e impuestas sin dureza, pero también sin vacilación.

Personalidad silenciosa, afectivamente cordial e invariable con su característica sonrisa de aspecto socarrón, pero efusivo, no tuvo ni expresó otros amores que la profesión, la Patria, la Familia y el Deber. No lo recuerdo interesado por ninguna frivolidad, afición o vicio que menoscabaran su clara conducta.

Tengo el profundo convencimiento, el deseo y la esperanza de que estas virtudes y esta vida nos sirvan primero de consuelo frente a la oleada casi avasalladora de egoísmos, ambiciones, impaciencias y rebeldías que definen nuestra presente vida social y, segundo, de lección que se aprenda y siga. En tales supuestos el juicio crítico de la existencia terrenal de nuestro don Fermín tendrá el valor de una simiente fecunda y la esperanza de una cosecha pródiga.

Jaén, noviembre 1970.

1.4.4. El Dr. don Fermín Palma García y el Hospital Provincial de San Juan de Dios de Jaén, por Manuel Larrotcha Torres

Es difícil escribir unas cuartillas de emocionado recuerdo y homenaje a la memoria de una personalidad como don Fermín Palma García, que durante muchos años fue médico de la Beneficencia Provincial, decano de la misma y director de un Hospital.

Desearía quedase bien patente que estas líneas están totalmente desligadas del afecto y admiración que le profesé, más por sus virtudes que por los lazos que a él

me unían, y sólo pretenden ser un juicio sereno sobre su personalidad y el Hospital. Por tanto, únicamente analizaremos con brevedad la faceta de don Fermín y el Hospital Provincial de San Juan de Dios de Jaén, al que él tanto amó. Indiscutiblemente, es el mejor marco y ambiente de su gran figura profesional, pero el más difícil de estudiar por lo dilatado de sus actividades en el mismo y por ser su labor de médico sólo conocida de sus más directos colaboradores y de sus propios enfermos.

CRONOLOGÍA

El 19 de octubre de 1919, tras brillantísimos ejercicios don Fermín ingresa en el Hospital Provincial de Jaén como médico de entrada y cirujano de guardia.

El 30 de octubre de 1921, ante la gravísima situación española en Marruecos, don Fermín, que siempre fue un gran patriota de valor sereno y sencillo, se incorporó al Ejército como capitán médico y abandona el Hospital y una numerosísima clientela privada.

Un año después, 18 de octubre de 1922, mejorada nuestra situación en Marruecos, vuelve a Jaén y se reintegra al hospital. El 22 de noviembre de este mismo año pasa a ser médico de sala de la sección de cirugía por fallecimiento de don Francisco Ruiz de Alcázar, decano de la Beneficencia Provincial y director de su Hospital. Don Francisco Ruiz de Alcázar intuyó certeramente, y desde el primer momento de conocerle, toda la clase y valía de don Fermín, distinguiéndole con una amistad y afecto a la que éste correspondió siempre. En su despacho, en lugar preferente, conservaba una fotografía del Dr. Ruiz de Alcázar y frecuentemente hablaba de él y de sus recuerdos.

Desde 1923 hasta el 14 de abril de 1931, al ocupar importantes cargos políticos, alcalde del Excelentísimo Ayuntamiento de Jaén y presidente de la Excm. Diputación Provincial, en los que realizó una magnífica gestión que habría que estudiar por separado renuncia a su nómina del Hospi-

tal, pero no a su puesto de trabajo en el mismo. En un alarde de capacidad, de trabajo, organización y disciplina, que fueron la constante de su vida, presta sus servicios medicoquirúrgicos sin cobrar nada y al mismo tiempo atiende ejemplarmente a sus cargos políticos. Recién instaurada la República, el sectarismo hace que se le instruya expediente basado en su renuncia al Hospital cuando ejerció aquellos cargos; pero quedó probado que aquella renuncia sólo entrañaba la dignidad, hoy sería caso insólito de no querer percibir sueldos oficiales, lo que, unido a la petición masiva de sus enfermos, hizo que sus propios antagonistas políticos tuviesen que cerrar el expediente y reponerle.

El 10 de junio de 1936 solicita permiso para uno de sus viajes de estudio al extranjero. La Guerra Civil española la sorprende en Alemania, gracias a lo que salvó la vida, ya que Jaén quedó bajo dominio rojo. Incorporado a zona Nacional, actúa como jefe de Equipos Quirúrgicos de Sanidad Militar, en los que tiene destacadísima actuación en diferentes frentes de combate y hospitales.

El 1 de abril de 1939, finalizada la contienda, es repuesto en el Hospital de Jaén por el entonces presidente de la Excm. Diputación Provincial, Ilmo. Sr. Luis Sagaz Zubelzu, ilustre médico al que don Fermín valoró y estimó siempre por sus cualidades humanas y profesionales.

En 1944 pide permiso por enfermedad y para someterse a una intervención quirúrgica. Rápidamente recuperado, la ausencia sólo duró unos meses.

En 1945 es nombrado director del Hospital y en 1946 decano de la Beneficencia Provincial, cargos en los que sucedió al Dr. D. Lorenzo Bago y que conservaría hasta su jubilación el 29 de junio, día de San Pedro, de 1956.

LABOR Y TRABAJOS COMO MÉDICO

Analizadas las fechas desde su entrada en el Hospital, 25/10/19, hasta su jubilación, 29/06/56, vemos que, en ese largo período

de 37 años, sólo hubo cuatro paréntesis en su actividad profesional dentro del Hospital: El primero, 31/10/21 al 18/10/22, de un año de duración, por su marcha a la Guerra de África al pedir su incorporación como médico militar. El segundo, brevísimo, a la instauración de la República y abrirle sus antagonistas políticos expediente que ellos mismos tuvieron que cerrar y reponerle. El tercero, el más largo, 10/06/36 al 1/04/39, de casi tres años de duración, durante la Guerra Civil española. El cuarto, en 1944, muy corto, de sólo unos meses, al tener que someterse a una delicada operación quirúrgica, que su fuerte y sana naturaleza superó rápidamente.

Todo el resto del tiempo, o sea unos 33 años, los dedicó intensa y constantemente al Hospital en una jornada diaria que, por término medio, abarcaba de 9 a 13 de la mañana, o más, si las operaciones en trámite no habían concluido, aparte de las numerosísimas urgencias. ¡Más del famoso «full-time» de nuestros tiempos! Los permisos o vacaciones oficiales prácticamente nunca las tomó, pues los invertía en sus viajes de estudio o asistencia a congresos nacionales o extranjeros que procuraba fuesen lo más breves posibles para dar a sus enfermos esa continuidad de asistencia personal que tanto cuidaba.

Y ¿cuál fue la labor y el trabajo de don Fermín en el Hospital durante ese dilatado período de 38 años? Hay muchas formas de ocupar y pasar por los cargos y puestos profesionales: No haciendo nada; haciendo lo mínimo y presumiendo de hacer lo máximo; y haciéndolo todo en una labor callada, continua, de entrega diaria, ignorada por la mayoría, y que tanto enriquece espiritual y moralmente al que así lo practica. Evidentemente, don Fermín para el Hospital, como para todas sus actuaciones públicas o privadas, eligió este último camino. Ese camino no es nunca fácil ni cómodo, pues siempre está lleno de renunciaciones, de dificultades, de luchas y sinsabores; pero, ciertamente, es el único que puede

satisfacer a la mente y al corazón del hombre.

Pertenecía don Fermín a esa generación médica del 98, a la que tanto debe la medicina actual, y de la que se ha hablado poco y escrito menos. Basándose en los grandes hallazgos de la segunda mitad del siglo XIX, antisépticos, asépticos, anatomopatológicos y bacteriológicos, los médicos de esa generación realizaron una arriesgada medicina sin apenas medios materiales, llevaron la exploración clínica, su interpretación y las técnicas quirúrgicas hasta el límite de sus posibilidades. De tal forma habían preparado el terreno que, cuando llegó la era antibiótica, anestésica y del tecnicismo, no se hizo esperar, ni un momento, el avance vertiginoso y estelar de las tres últimas décadas. Tuvo don Fermín un magnífico maestro, don Víctor Escribano, del que siempre hablaba con admiración, respeto y cariño, y del que supo asimilar y desarrollar una sólida y profunda formación médica y quirúrgica.

Desde el primer momento, don Fermín volcó en el Hospital toda su vocación y formación de gran médico integral, entregándole muchas horas de trabajos y preocupaciones. Su claro intelecto, su gran preparación teórica y práctica, sus cualidades de observador clínico y su depurada técnica, le permitieron abordar con singular fortuna y éxito todo el extenso campo de la Medicina y la Cirugía, de una forma total e intensa que hoy nos admira, asombra y envidiamos los que cultivamos una especialidad y sólo sabemos contemplar un panorama parcial del hombre enfermo. No se contentó con los conocimientos bien adquiridos y reglados, sino que desarrolló y puso en práctica todos los hallazgos y técnicas que iban apareciendo. Vivió una auténtica Medicina y Cirugía de vanguardia, aceptando la responsabilidad y el riesgo que ello entrañaba, y más en una ciudad pequeña y provincia en donde todo trascendía.

Don Fermín hizo en el hospital la primera cura radical de la hernia, la primera his-

terectomía, la primera nefrectomía, la primera resección de maxilar superior y tantas otras cosas que, como exponente máximo de esa generación médica del 98, realizó con inteligencia, profundos conocimientos científicos, exquisita técnica, arrojo y valor. Jaén era todavía una ciudad pequeña y entrañable, sin esa deshumanización que hoy amenaza y sin esos falsos ídolos que nos invaden, y captó y reconoció enseguida la talla y categoría de don Fermín. El día que operó el primer estómago, la noticia se propagó, y, cuando bajaba pausadamente del Hospital, mucha gente se levantó de aquellos viejos cafés que orillaban la calle Maestra para felicitarle calurosamente.

Se necesitaba ser, citamos textualmente palabras del Ilmo. señor don Antonio Vázquez de la Torre, que fue presidente de la Excelentísima Diputación Provincial, en el acto en el que se le impuso a don Fermín la Medalla de Oro de la Provincia, «hombre con excepcionales dotes de mando, trabajador incansable, tenaz, puede decirse que es el iniciador en Jaén de la especialidad de cirugía con los elementos y medios escasos— que la técnica y la Diputación pueden poner en sus manos. Tiempos heroicos de la cirugía provincial, en la que la actuación de Palma marca un punto de arranque y luego de auge que prestigia a nuestro Hospital Provincial y al cuerpo médico de la Beneficencia». Nosotros añadiríamos que, además de sin los medios materiales, escasos de aquella época, sin los quimioterápicos, antibióticos, anestésicos, transfusionales y de reanimación de nuestros días y sin el personal auxiliar mínimo necesario. ¡Maravilla pensar que todo aquello pudiese hacerse sólo con don José Esteban, su practicante, y con un viejo Ombredanne de anestesia por todo equipo! Él fue, antes de existir especialidades en la provincia, médico y cirujano generales, traumatólogo, otorrinolaringólogo, urólogo, tocoginecólogo y hasta dermatólogo, pues desde su estancia en Canarias había sido uno de los primeros en familiarizarse

y aplicar el por entonces muy reciente y portentoso descubrimiento terapéutico del 606. Pero don Fermín, muy al corriente de la evolución de la medicina europea, que conocía muy bien por sus estancias en los centros de París, Berlín y Roma, comprendió y se adelantó en nuestra patria al proceso de especialización. Al mismo tiempo que fundaba la primera policlínica privada en Jaén en 1919, en unión de los doctores Eduardo y Gabriel Arroyo, Luzón, Cibanto, Villar y Gómez Soriano, verdadero centro de especialidades, propugnaba inteligente y desinteresadamente, él que venía ejerciendo muchas de ellas con pleno éxito, la creación de las mismas en el Hospital.

Nada resume mejor su labor en el Hospital que esas TREINTA Y DOS MIL operaciones realizadas por él en dicho Centro, que comprenden y resumen toda la cirugía de su tiempo. Fue don Fermín un gran anatómico, un magnífico clínico y un extraordinario cirujano, lo que le permitió realizar toda la cirugía general y de la mayoría de las especialidades entonces existentes con singular pericia y elevadísimo tanto por ciento de buenos resultados. Pero, como todo profesional, sentía preferencia por determinados capítulos o parcelas que mimaba con especial amor y cariño, como eran toda la patología abdominal y el cuello, resaltando en este último sus profundos conocimientos anatómicos y de disección y su depurado arte y delicada técnica. Probablemente, don Fermín ha sido en Andalucía, el último gran médico y cirujano general de aquella fabulosa generación.

No podríamos terminar este capítulo de su labor y trabajos en el Hospital sin decir algo de su carácter. Hombre enérgico, de enorme voluntad, gran organizador, trabajador incansable, tenaz, digno, serio y justo, se imponía a sí mismo y a sus subordinados una severa disciplina, que hoy sigue siendo tanto o más necesaria que ayer para realizar una labor eficaz, honesta y honrada y que, aunque a veces nos moleste, todos necesitamos y echamos de me-

nos. Con sus enfermos, afectuoso, serio, sin ese empalago ridículo de muchos profesionales de hoy, les daba esa seguridad y confianza de saberse atendidos por un gran médico y por unas manos muy expertas. A veces, una sonrisa esbozada contestaba lo que no podía decirse o infundía ese aliento, esa ayuda que tanto necesita el enfermo, o servía para ocultar la profunda preocupación del cirujano.

Y, ¿cómo era él mismo, cómo vivía la problemática a veces vital y suprema de sus enfermos graves? Cuando yo le traté con más intimidad, al final de vida profesional, se podría pensar que la sensibilidad de un gran cirujano que había actuado intensamente en dos sangrientas campañas militares de África, la Guerra Civil española y 60 años de ejercicio, estaba algo endurecida o embotada por todo lo que había visto y vivido. No era así, su sensibilidad se conservaba exquisitamente intacta y la contrastaba continuamente con su sabiduría que sólo da la propia experiencia y los años. Recuerdo que en uno de sus últimos enfermos hubo complicaciones graves y las cosas marchaban mal. Don Fermín, sin decir nada y aparentando tranquilidad, estaba seriamente preocupado y sufriendo. Tratando de ayudarlo, dije que humanamente era imposible hacer más y que, por su propia preparación y experiencia, así debía comprenderlo. Mirándome fijamente me contestó estas palabras, que no he podido olvidar: «A esto nunca se acostumbra uno, y el último enfermo grave pesa tanto como el primero».

LABOR COMO DIRECTOR Y DECANO

A don Fermín, como director del Hospital y decano de la Beneficencia, y al Ilmo. señor don Juan Pedro Gutiérrez Higuera, otro insigne médico para el que, aparte de su brillantísima gestión en cargos políticos, la Medicina provincial siempre tendrá gratitud, como presidente de la Excm. Diputación Provincial, se debe el completar el cuadro de especialidades básicas, la reestructuración de los servicios y clínicas,

la modernización y parte nueva del Hospital y la creación de la Escuela de Enfermeras.

Don Fermín se documentó muy bien, como siempre hacía en todos sus asuntos, para hacer un estudio de lo que debía ser la Escuela de Enfermeras y recorrió los principales centros de España. En aquel tiempo, la Escuela de Enfermeras de la Casa de Salud de Valdecilla era una de las más importantes, modelo en su género, y él la visitó detenidamente. Por entonces, yo era médico interno de dicho Instituto Médico de Postgraduados, y don Fermín no se contentó sólo con los datos e informes que oficialmente le dieron el director y secretario de la Escuela, sino que, deseando conocerla en todos sus detalles y funcionamiento, le acompañé en una verdadera y minuciosa inspección, muy diferente de las usuales visitas de trámite que se hacen en estos casos. Yo conocía la Escuela muy bien, pues durante varias ausencias de mi inolvidable maestro, doctor Navarro Martín, le había sustituido como profesor de la misma, y mi sorpresa fue enorme al comprobar que don Fermín iba por delante de mis torpes explicaciones y que tenía ya un estudio completo y perfecto de su reglamento, programa, instalaciones y funcionamiento.

De las realizaciones como director del Hospital y decano de la Beneficencia, la más importante y de mayor transcendencia ha sido, a nuestro juicio, su participación en la Escuela de Enfermeras. Supuso, con visión y proyección del futuro, elevar la asistencia a nivel científico moderno, preparando un personal auxiliar competente y eficaz, que hoy permite continuar el cuidado y atención de los enfermos. Por otra parte, significó dotar a la ciudad de un centro de enseñanza, de los que tan necesitados se encuentran las pequeñas capitales de provincia para elevar su nivel medio cultural y ofrecer una oportunidad profesional a sus habitantes.

JUBILACIÓN

La jubilación o muerte profesional oficial es un momento delicado con profunda repercusión psicosomática, que ha dado lugar a la descripción de la entidad patológica del mismo nombre. Evidentemente, cuanto más intensa fue la actividad y entrega profesional, mayor será el impacto que produzca la jubilación.

Conociendo la labor y trabajos de don Fermín en el Hospital durante 37 años, era presumible la crisis que la jubilación le iba a producir, y más cuando le llegaba en plenas facultades profesionales, que le permitirían desarrollar aún el ejercicio privado en su clínica durante más de diez años. Fue un golpe durísimo, probablemente el que mayor repercusión tuvo en su fuerte carácter y personalidad, afectándole durante muchos meses de una forma visible y que no podía disimular. Después, siguió siempre con vivísimo interés todas las noticias que concernían al Hospital, pero, desde su despedida, no volvió a pisar su suelo, para evitar, posiblemente, el reavivar todos los recuerdos personales de algo que le era tan querido y que fue fundamental en su vida.

FINAL Y EVOCACIÓN

El Hospital Provincial de San Juan de Dios de Jaén debe mucho a don Fermín Palma. De sus dos grandes pasiones profesionales, milicia y Hospital, pudo más éste, y a él y a sus enfermos le entregó lo mejor de su tiempo y de sus conocimientos. Nadie mejor para probarlo que aquella emocionada multitud, en la que predominaban los humildes, muchos de ellos antiguos enfermos o parientes agradecidos, que espontáneamente, cuando ya nada podían esperar o recibir de él, se reunieron en la puerta de su clínica para decirle el último adiós. Permitidme, finalmente, evocarle en su quirófano del Hospital, que, testigo mudo, tanto sabe y podría contarnos del gran ci-

rujano; caminando en aquellos hermosos y bellos claustros o por los amplios pasillos, con aquel andar aparentemente pausado, pero de llegada puntual y cierta a todos sus deberes; o como director y decano sentado en su despacho, donde su sola presencia irradiaba disciplina y autoridad, que resolvía asuntos y allanaba dificultades. Jaén, noviembre, 1970.

2. La obra de don Fermín Palma

2.1. *Obra quirúrgica de Fermín Palma García*

Lejos de nosotros la idea de querer reflejar un relato exhaustivo de la obra quirúrgica de un hombre; tampoco desear considerarla excepcional o extraordinaria porque, entre otras razones, ofenderíamos la modestia de quien supo realizarla con humildad.

Era Fermín Palma García un operador muy seguro, enormemente sereno, conocedor de la anatomía, hábil disector, como le calificaba Guirao Gea (1), tranquilo, sin perder jamás el control ante cualquier suceso imprevisto. Personalidad silenciosa y dotado de una gran capacidad, tanto para el trabajo quirúrgico (lo que le permitía realizar intervenciones lo mismo en el cuello, que en el abdomen, que resolver problemas urológicos, ginecológicos o de los miembros) como las otras actividades que a lo largo de su vida la Providencia le encomendó.

Entusiasta de todos los avances científicos, se esforzaba en hacer progresar, tanto su ambiente profesional, Hospital Provincial y Clínica Quirúrgica, como a su quehacer técnico, visitando centros quirúrgicos extranjeros y recibiendo información de la bibliografía de la época.

Fue hombre de gran modestia, sencillo, enormemente enemigo de toda exhibición y vanidad. Era muy dado, en su intimidad, al ejercicio de la lectura y al contacto con la naturaleza.

(1) GUIRAO GEA, M.: *Época universitaria y recuerdo de Fermín Palma García*. Granada, 1971.

Nos ha parecido oportuno, de forma breve y sencilla, analizar su obra quirúrgica, que puede ser interesante si se le observa desde una perspectiva histórica regional.

Para una mejor exposición, y siguiendo las diversas épocas que vivió, la hemos dividido en cuatro partes. En una primera, hacemos una relación y breve comentario de su prestación como médico militar en África, durante la campaña de la segunda década de nuestro siglo. A continuación, analizamos su obra como verdadero iniciador del quehacer quirúrgico giennense. En la tercera, su nueva actividad quirúrgica castrense; esta vez con motivo de la guerra civil. Finalmente, una corta descripción de lo que podríamos considerar como su aportación a la cirugía andaluza.

2.1.1. Cirujano Militar. África, 1913-1916

Alumno de la Facultad de Medicina de Granada, de un expediente brillante, con 28 matriculas de honor y Premio Fidel Fernández en la licenciatura, con una sólida formación anatómica y quirúrgica que los maestros Porpeta, F. Garrido, J. Pareja y Víctor Escribano, le imprimieron, ingresa en la Academia de Sanidad Militar, junto con el que sería gran anatómico, M. Guirao Gea, en septiembre del año once. Cinco meses después, en febrero del año doce, es médico 2.º del Cuerpo de Sanidad Militar por promoción.

Ello se debió a que en virtud de las necesidades del servicio en el Cuerpo de Sanidad Militar, por la campaña de África, le dieran por terminados sus estudios y dada la calificación y conceptuación obtenida, fue promovido al empleo de médico 2.º del Cuerpo de Sanidad Militar. Su primer destino fue el 2.º Batallón del Regimiento de Infantería de Córdoba n.º 10, pero el 31 de julio de 1912 fue destinado a las Compañías Mixtas de Sanidad de Ceuta.

El 19 de febrero de 1913 salió al mando de una Sección de Montaña para la ocupación de Tetuán, haciéndose cargo de toda la en-

fermería que, de forma provisional, se había constituido en sus proximidades. Una vez montado el Hospital de evacuación, que se consiguió un mes más tarde, regresó a Ceuta. Nuestro médico militar figura en la R. C. de 7 de abril (D. O. núm. 19) donde se dispone, en nombre de S. M. el Rey, se le testimonie la gratitud por la toma de Tetuán, efectuada el 19 de febrero de 1913 (2).

Su principal actuación médica castrense en la primavera del año 13, sigue centrada en Tetuán y sus alrededores. Efectivamente, el problema de la evacuación de enfermos y la asistencia de heridos, en la organización constante de convoyes, adquiere singular actividad sobre el Rincón de Medik. El 15 de junio, y con la columna del entonces general de Brigada Miguel Primo de Rivera, asistió al combate que tuvo lugar en el camino de Lauxien, como los que sucedieron el día 19 del mismo mes.

Lauxien y Zadina continuaron siendo lugares de combate que pusieron a prueba su capacidad en la asistencia de heridos y pacientes y en la práctica de intervenciones vitales, teniendo a cargo toda la enfermería y con los convoyes que se organizaron posteriormente durante el verano del mismo año (en la Brigada del general Arráiz) en Axffa en los duros combates de los días 17 y 19 del mes de agosto.

Más tarde, en septiembre y en los combates de los días 5 y 7 de Biut, quedó acampado durante cierto tiempo en Darriffien, durante la evacuación de heridos hasta octubre del mismo año.

Toda su actividad castrense, su quehacer médico, su capacidad de organización y asistencial, tuvo un reconocimiento al concedérsele la Cruz de 1.ª clase del Mérito Militar con distintivo rojo, pensionada, por los distintos servicios y méritos contraídos en los hechos de armas y operaciones efectuadas en las inmediaciones de Tetuán.

El 1.º de noviembre asiste al combate de Axffa y el 16 y 21 a los que se suceden en

(2) Archivo General. Ministerio del Ejército. Hoja de Servicios Reg. 291.

Tres Lomas, continuando siempre al frente de la enfermería.

El año 1914 lo inicia en la 1.ª Sección Mixta de la 2.ª Compañía de la Brigada de tropa de Sanidad Militar, continuando en el campamento de Darriffien, especialmente al mando de las ambulancias (de la Brigada del General Arráiz), prestando el servicio de convoyes y asistiendo toda la enfermería.

Es por lo que nuevamente se le distingue. Se le concede la Cruz de 1.ª clase de Mérito Militar con distintivo rojo y pensionada, declarándose apto para el ascenso superior, pasando al empleo de médico 1.ª de Sanidad Militar, quedando en el año 1915 en la Jefatura de Sanidad Militar de Tenerife como Secretario. Posteriormente, y a sus muchos servicios, nueva distinción con la medalla de África con el pasador de Tetuán. El 21 de agosto del año 1917 es destinado al 4.º Establecimiento de Remonta en Jaén.

La actividad castrense durante todo el tiempo que hemos detallado, es amplia.

Va a organizar las ambulancias y evacuación de heridos, asistirá enfermería de vanguardia. Muchos causaban baja por las enfermedades y pestilencias del lugar. Otros van a ser sus heridos de guerra, pero muchos lo van a provocar, por las enfermedades contraídas en el ambiente, la falta de higiene, las malas condiciones ambientales.

La campaña de África, que hemos relatado siguiendo la hoja de servicios de Fermín Palma García, tuvo una actividad médica distribuida, tanto en los campamentos, en el mismo campo de batalla como en los Hospitales de Socorro.

En el campamento se iniciaba la actividad con la visita diaria, los reconocimientos especiales, las curas e intervenciones y la redacción de los partes sanitarios.

La visita de nuestro médico militar estaba caracterizada por la puntualidad tras el toque de diana, no dar más baja que la verdadera y no evacuar al Hospital más que al estricto enfermo, sabía mantener a las Unidades en perfecto control sanitario. Los remedios en su época eran vulgares, pero precisos, pues junto a las fricciones, vendajes,

infusiones, calor local, pomadas y las curas con antisépticos, la asistencia era continuada y la moral alta.

Los partes diarios reflejaban el cuerpo del ejército, división, brigada, etc., única forma de controlar la estadística.

La evacuación de enfermos y heridos fue otra de las actividades castrenses en las que destacó durante la campaña de Tetuán referida. Había que organizar, para ello, las ambulancias de sangre. Fue labor dura y pesada y que nuestro teniente médico realizó con toda eficacia. En el curso de todo ello, no solamente hubo de luchar contra los heridos, sino contra las epidemias, la amenaza de cólera, salmonelosis que muchas veces el mismo oficial los sufría.

Cuántas veces, en aquellos años mozos de médico militar durante las operaciones referidas, ordenaba, con la diligencia que le caracterizó, la marcha de la caravana para la evacuación de los heridos, curándolos antes, inmovilizando fracturas y extrayendo proyectiles. De la organización de estas ambulancias de sangre dependía su eficacia, de tal forma que conforme se producían los heridos, una clasificación y cura previa, establecía los que tenían que ser evacuados. Muchas vidas dependían de la capacidad del médico militar, de su autoridad y agilidad. Simultáneamente, había que hacer frente a una patología infecciosa que diezmaba a la tropa.

El cólera, la lucha ante el vibrión cólerico, siempre constituyó una preocupación en las tropas destinadas en África y era un problema con el cual se enfrentaba periódicamente la sanidad militar, y a las víctimas del campo de batalla había que sumar de tanto en tanto, las provocadas por las enfermedades infecciosas. Las condiciones sanitarias e higiénicas, la falta de purificación del agua y la promiscuidad, causas esenciales de la propagación del cólera entre las tropas, por el agua y los alimentos. Bastaba cambiar de posición y mejorar las condiciones higiénicas para, con ello, entrar en fases de calma. La vida de campamento, con pocas condiciones higiénicas,



Ambulancia militar de «sangre» (Artolas), siendo teniente médico Fermín Palma en África (1913).



Recién ascendido a capitán con jefes oficiales en el campamento de Darriffien.
Fermín Palma es el primero de la derecha de los situados de pie (1914).

era la más propicia al desencadenamiento de infecciones.

Cuando las condiciones mejoraban, todo el aspecto sanitario cambia. Asimismo, el agua y los alimentos. Una inmovilidad de un campamento acentúa la contaminación, ya que hay más polución. Debe haber una policía médica para vigilar las condiciones ambientales. El cólera solía durar de uno a tres días, los más persistentes nueve días, refiriéndose a los días críticos.

Cuando el cólera disminuía su virulencia, aparecía la disentería.

Conocida la «disentería» como enfermedad genuina de los campamentos. Las deficientes condiciones higiénicas, la contaminación del agua y la fácil propagación del bacilo disentérico, era suficiente para la aparición de brotes epidémicos que inutilizaban a un sector de tropa, dolores intestinales, diarreas, intenso número de deposiciones, tenesmo, signos de deshidratación, sed intensa. En el curso de dos o tres semanas suele hacer crisis. En algunas ocasiones bastaba cambiar de campo, situar el campamento en otro lugar, rico en agua potable, para disminuir enormemente el número de disentéricos y hacer regresar la enfermedad. En la época de Fermín Palma, el tratamiento era dietético, bebidas a base de agua y limón, opiáceos, cocimiento de arroz blanco o elixir de Sydenham. Otros pudieron acabar con úlceras, hemorragias y perforaciones y algunos pocos fallecieron. El cuadro más grave se desencadenaba con la *Entamoeba histolítica*. Finalmente, el paludismo, malaria, fiebres intermitentes, especialmente «tercianas», en campamentos próximos a zonas de lagunas o pantanos. Fuertes escalofríos, fiebre, sudoración, eran tratados con sulfato de quinina. Alguno que otro acababa amarillo, ascítico y con bazo e hígado palpables. Los cuadros clínicos de amebiasis empezaron a mejorar cuando se aplicó la emetina.

Toda una gama asociada de patología infecciosa junto a la quirúrgica, condicionada por el ambiente y los sucesos.

La ambulancia de la época, y que tantas veces nos refería, era un conjunto de artolas o especies de aparejo para transportar heridos y enfermos a lomo de las caballerías, provistos, además, del botiquín, maletín de ambulancia, camillas, mochilas y material farmacéutico y medicamentos, más las tiendas de campaña e incluso las grandes marquesinas, para improvisar hospitales de sangre y de socorro, suficientes para dar cabida a treinta hombres o algo más; conjunto, en suma, armonioso y efectivo que, al mando de un hombre disciplinado y capaz, resolvía todas las situaciones, a veces angustiosas, que la guerra produce.

El quehacer quirúrgico, en ocasiones, se iniciaba en el mismo campo, con operaciones rápidas en el curso de minutos para la extracción de una bala, colocando un apósito. Otras veces, se protegían las heridas, especialmente las quemaduras. En las hemorragias los apósitos antisépticos y hemostáticos y vendajes compresivos. Amputaciones de urgencia, como aquella que relataba y que realizó con el doctor Trías, compañero suyo, que llegaría a ser prestigioso catedrático de Cirugía en Barcelona, salvando la vida del herido, improvisando el quirófano bajo una tienda de campaña, los instrumentos en un recipiente de cocina y esterilizando sábanas por el mismo procedimiento en unas calderas de regimiento. Muchas heridas abdominales y pelvianas que tenían la fortuna de afectar solamente partes blandas, músculos y aponeurosis, quedaban desde el comienzo suturadas. Sin embargo, otras con menos fortuna, afectaban también las vísceras o las estructuras óseas.

Junto a su gravedad había que luchar contra el «shock», la deshidratación, la pérdida de electrolitos, hasta poder ser evacuados.

Heridas de la región cervical seguidas de parálisis del plexo braquial, otras con lesión medular seguida de paraplejía. Heridas peritoneales complicadas con flemón urinario y fistulizaciones uretrales.

En fin, heridas de huesos largos, seguidas, por contaminación, de osteomielitis; alguna herida del hueco poplíteo que, tras una penosa curación, hizo fístula arteria-venosa. En algunas ocasiones, cuando las heridas estaban en vías de cicatrización, el temible tétanos hizo su aparición, pese a toda la profilaxis puesta en práctica

En resumen, una cirugía de guerra vivida con toda su intensidad y haciendo frente a ella con la capacidad y entrega que caracterizó a nuestro galeno. Ello le supuso la adquisición de una gran experiencia que se reflejaría a lo largo de su ejercicio profesional.

2.1.2. Iniciador del quehacer quirúrgico giennense

El inicio de la verdadera cirugía giennense se realiza con el destino de Fermín Palma García al 4.º Establecimiento de la Remonta (Baeza), llegando a la ciudad andaluza en septiembre del año 1917. Está recientemente condecorado con la Medalla de Marruecos, con pasador de Tetuán, declarado apto para el ascenso a comandante, con una hoja de servicios brillante y una experiencia quirúrgica sólida. Es encargado, a continuación, de la asistencia de los militares enfermos en el Hospital civil-militar de Jaén y aquí es donde empieza, con la disciplina y el rigor que le caracteriza, a realizar toda la cirugía que su saber y experiencia le han permitido adquirir.

Si su actividad castrense, como ha podido comprobar el lector, fue un cumplimiento del servicio, así también la práctica civil, a la que se incorpora a partir de este momento, fue continuación del mismo, sirviéndole como marco no sólo el Hospital Provincial, sino la clínica de especialidades que fundó con otros especialistas, brindando su experiencia y colaboración, realizando una convivencia íntima que no sólo mejoró la formación de todos, sino que fruto

de ello fue el destacado lugar alcanzado por los distintos médicos que allí se iniciaron. Conjuntamente con el doctor Eduardo Arroyo, después su hermano Gabriel, famosos e inteligentísimos internista y radiólogo, respectivamente; Luzón, como tocoginecólogo; Villar, oftalmólogo; Cibanto, otorrinolaringólogo, y Gómez Soriano, urólogo, inició en el año 1918 un ensayo de medicina en equipo y ejercicio profesional que marcó una verdadera época en la medicina andaluza de aquel tiempo.

En octubre de 1919, Fermín Palma García ingresa en el Hospital Provincial de Jaén, como médico de entrada y cirujano de guardia. Era decano (1904-1922) de la Beneficencia Provincial don Francisco Ruiz Alcázar, caballero sin tacha, que descubre en el joven cirujano su alto grado de preparación y sus virtudes personales. Le distinguió con especial afecto y desde que se apercebó de su habilidad quirúrgica, prácticamente le entregó el cuidado de todos los casos quirúrgicos. A finales del año 22, fallece Ruiz Alcázar, por lo que pasa a ser médico de Sala de Cirugía. A partir de esta época, y con las ausencias a que le obliga nuevamente su quehacer castrense, y los viajes que emplea para ampliar sus estudios, vuelca en este Centro toda su capacidad con una entrega ejemplar, traduciendo en horas de trabajo, en organización, en creación de nuevas dependencias y hasta en ampliación de pabellones, cuando en el transcurso del tiempo ocupa cargos en la Administración. Hasta el año 1956, en que es jubilado, son treinta y siete años de actividad quirúrgica hospitalaria. La Jefatura del Servicio de Cirugía la desempeñará desde el año 33 hasta su jubilación, haciéndolo, en los últimos diez años, compatible con la dirección hospitalaria y el decanato de la Beneficencia.

Su labor, como muy bien M. Larrotcha (3) lo ha escrito, fue callada, continuada, de entrega diaria, ignorada por la mayoría,

(3) LARROTCHA, M.: «El doctor don Fermín Palma García y el Hospital Provincial de San Juan de Dios de Jaén». *Medicamenta*. Tomo IX, núm. 499. 1972.

pero que tanto enriquece espiritual y moralmente al que así lo realiza.

En el camino de lo difícil, de lo incómodo, el de las renunciaciones, de luchas y de incomprendimientos, pero ciertamente el único que puede satisfacer un corazón sensible y responsable; una mente privilegiada.

Como el mismo autor señala: *«perteneció a esa generación médica del noventa y ocho, a la que tanto debe la Medicina actual, y de la que se ha hablado poco y escrito menos. Basándose en los grandes hallazgos de la segunda mitad del siglo XIX, anti-sépticos, estudios anatomopatológicos y bacteriológicos, los médicos de esa generación realizaron una arriesgada medicina sin apenas medios materiales. Llevaron la exploración clínica, su interpretación y las técnicas quirúrgicas hasta el límite de sus posibilidades».*

Vázquez de la Torre (4) lo calificó como *«hombre con excepcionales dotes de mando, trabajador incansable, tenaz, puede decirse es el iniciador en Jaén de la especialidad de Cirugía con los elementos y medios escasos— que la técnica y la Diputación pueden poner en sus manos. Tiempos heroicos de la cirugía provincial, en que la actuación de Palma marca un punto de arranque y luego de auge que prestigia a nuestro Hospital Provincial y al cuerpo médico de la Beneficencia».*

Practicó toda la cirugía de la época desde la cabeza, el cuello, el tórax, el abdomen y los miembros. Fue, por tanto, médico y cirujano general en esta primera época. Magnífico urólogo y traumatólogo. Maravillaba verle hacer otorrinolaringología y también la tocoginecología. Fue dejando todas las especialidades conforme surgieron los especialistas, que muchos de ellos fueron discípulos, hasta quedarse en las últimas décadas dedicado a la cirugía abdominal y al cuello, donde logró ser un verdadero especialista, pues conociendo la evolución de la medicina, y siguiéndole de cerca de la es-

pecialización, pero con una base y después de haber realizado una experiencia general, que hoy en los medios y las oportunidades de que se dispone, no es fácil encontrar.

Su obra escrita: La inició junto a los otros miembros de la Institución que fundaron. De aquella época son dieciséis publicaciones hechas en la *Revista de Especialidades*, que inició su redacción en el año 19 y donde refleja la experiencia y las estadísticas que va obteniendo.

No es densa, pero tiene el valor de lo netamente personal, pues todas son relación de casos clínicos y reveladoras de la cirugía que practicaba: «Vaciamiento del cuello en los tumores de la parótida»; «Quiste hidatídico de riñón»; «Injertos óseos»; «Vaciamiento petromastoideo»; «Heridas de cráneo por armas de fuego»; «Heridas penetrantes de tórax»; «Fractura de la rótula»; «Tuberculosis articulares»; «Otitis crónica supurada y mastoiditis»; «Tumores de la parótida»; «Heridas abdominales»; «Apendicitis»; «Heridas sépticas»; «Hernias estranguladas».

Tiene publicada una estadística del año 1920 con 319 intervenciones; del año 1921 con 303 intervenciones; otra de 1923, con 378 operaciones, y la del año 1924 con 404 intervenciones quirúrgicas, y así sucesivamente, hasta un total de treinta y dos mil intervenciones.

Así, por ejemplo, repasando la estadística quirúrgica que publica en el año 1924, veremos las intervenciones clasificadas por regiones y donde se extienden a la cabeza, cuello, oídos, nariz, garganta, tórax, abdomen, hernias, aparato urogenital y ano, extremidad superior e inferior. Llamaban la atención varios epitelomas de labio, osteomielitis de maxilar inferior, sarcoma de maxilar superior, fracturas de bóveda craneal, bocios, otitis, pólipos, plastias del pabellón auricular, resección del tabique nasal, amigdalectomías, carcinomas de mama, empiemas pleurales, estenosis pilóricas, úlceras

(4) VÁZQUEZ DE LA TORRE, A.: «Discurso pronunciado como Presidente de la Diputación». Acto de Imposición: Medalla de la Provincia de Jaén a don Fermín Palma García, 1963.

gástricas, apendicitis, quiste ovario, hernia, quiste hidatídico renal, prostatectomías, hidroceles, hipospadias, prolapso uterino, hemorroides, fistulas de ano, estenosis rectal, amputaciones, fracturas, luxaciones, buritis y tenotomías.

Anonada la variedad, lo que revela su preparación, su sistemática y organización. Diríamos que imprimió en su quehacer quirúrgico la disciplina castrense.

Su colaboración quirúrgica en el Sanatorio de «El Nerveral», establecimiento dedicado a las enfermedades de tórax y que hoy existe en la provincia de Jaén, gracias a su gestión personal, no podemos silenciarla. Su gran amigo, el entonces director general de Sanidad, compañero de carrera militar, el doctor Palanca, hizo posible su inauguración en el año 1935, pero no podremos olvidar que sin el apoyo inicial de Fermín Palma, jamás se habría conseguido.

Al iniciarse la Guerra Civil se encontraba en Berlín asistiendo a un congreso profesional, regresando a la Zona Nacional el día 12 de agosto por Navarra y emprendiendo la marcha hacia Salamanca. No podría sospechar, cuando ampliaba sus estudios en Alemania, que una nueva campaña iba a incorporarle como jefe de equipo quirúrgico, el 16 del mismo mes de agosto y, por orden del gobernador militar de la plaza, empezó a prestar sus servicios en la Clínica Militar de Salamanca, como cirujano. Es cuando conoce a Unamuno. Asiste a la charla de don Miguel en las veladas de la Plaza Mayor que versan todas sobre España y la tragedia de la guerra.

El 12 de octubre del mismo año se traslada a Granada asistiendo a las operaciones de Alcalá la Real (Jaén), como jefe de equipo quirúrgico con las fuerzas mandadas por el coronel de Artillería, Muñoz; allí organiza el Hospital de campaña, en el Hospital Civil del pueblo, especialmente preparado, ya que se inició el asalto al llamado «Cerro de la Acamuña», a tres kilómetros del núcleo urbano y que dominaba, desde su cima, el pueblo de Castillo de Locubín.

En dos mesas de operaciones tuvo que bajar agotadoramente. Unas semanas después, al efectuar la evacuación del cerro, por producirse contraataques, el Hospital nuevamente cobró una actividad intensa.

Grisolía era el colaborador inmediato en el equipo quirúrgico de Alcalá, que tuvo una intensa actuación, nuevamente, cuando un ataque cercó a la ciudad hasta que las columnas de socorro, enviadas desde Granada, rompieron el cerco. Trabajo ímprobo. Operar heridos, ordenar y vigilar la enfermería, organizar evacuación a Hospitales de Granada.

Iniciado el año 1937, regresa a Granada con su equipo quirúrgico. Presta entonces sus servicios en los Hospitales Militares de la referida capital, a lo largo de todo este tiempo, como jefe de clínica quirúrgica.

El 2 de febrero de 1938, por orden del jefe de Sanidad Militar de la Plaza de Granada, se trasladó a Córdoba, a cuya plaza llegó el día 4 del referido mes, siendo destinado a prestar sus servicios como jefe del equipo quirúrgico II-21 en el Hospital de San Fernando.

Al mando de su equipo, asiste en noviembre (del día 2 al 15) a las operaciones del frente Villaharta (Córdoba), a las órdenes del general Borbón, que era el jefe del Sector.

Finalmente, antes de terminada la guerra, tuvo otra actuación en su quehacer quirúrgico. El 2 de enero de 1939, dentro del cuerpo del Ejército del Sur, es destinado al Hospital Marroquí de Ronda, donde quedó prestando sus servicios hasta el 1.º de abril, que es destinado por las autoridades, y acabada la contienda, al Hospital Militar de Jaén, como jefe del Servicio de Cirugía.

La calificación que tiene en su hoja de servicio en el apartado «Notas de concepto», figura:

«Valor: acreditado. Valor profesional: mucho. Inteligencia en el mismo: buena. Aplicación al estudio: mucha. Capacidad: mucha. Salud: buena. Estado: casado. Conducta moral: buena. Facultad general: mucha. Especialidad en que se distingue: cirugía».

Durante la Guerra Civil española, revive la antigua discusión, que también existió en la I Guerra Mundial entre los cirujanos aliados y las potencias centrales, respecto a ser intervencionista o abstencionista, en relación a la laparotomía en las heridas de vientre; pero los tiempos han evolucionado y queda claro que, ante heridas penetrantes del abdomen, se imponía la verificación, el lavado de la cavidad peritoneal y la reparación de todas las lesiones, asegurando con derivaciones y enteroanastomosis, el tránsito intestinal.

Como jefe de equipo quirúrgico II-2 1, desde la vanguardia tiene que hacer descansar su eficacia en dos pilares básicos: la evacuación y curación, y considerados en este orden, puesto que si no funciona el primero, el otro se verá obstaculizado, porque la suerte de un herido de guerra dependerá mucho de cómo se haga la primera cura, pues aquí la yatrogénesis será más agresiva si se descuidó lo elemental.

La localización y extracción de proyectiles que, si bien, en un principio parece simple, en la Guerra Civil se exponía el cirujano a grandes fracasos, porque en ocasiones, ni de un portátil de rayos X se disponía. Los cirujanos de la época tenían la técnica sistematizada. Para extraer el proyectil, la bala de fusil o ametralladora y la metralla o cuerpos extraños ocasionados por la fragmentación de cualquier elemento de mortero, cañón, se empleaba con frecuencia, el extractor de Petit Dutaillet (con quien hizo amistad y siguió sus trabajos durante su estancia en París en 1934), pero también se exponía a fracasos.

Sólo se redujeron, más adelante, con el empleo de la radiología y obteniendo doble imagen en una misma placa. La cirugía de guerra de la época que recordamos de nuestro jefe de equipo quirúrgico era una

cirugía de abordaje anatómico, con disección de planos, no hiriendo órganos nobles, demostrando, una vez más, su saber anatómico y disector. Su familiaridad con la anestesia local, que definió al cirujano de la época, aparte de la benignidad que suponía para el herido, le permitía una hemostasia correcta y una fácil disección anatómica.

Otras muchas manifestaciones de su actuación quirúrgica castrense podríamos comentar, pero no debemos nada más que enumerar para no perder el carácter conciso de esta relación de su obra quirúrgica. Así, por ejemplo, siempre cuidaba mucho la exploración intraabdominal quirúrgica, ante los traumatismos y heridos por armas de fuego. Insistía en no dejarse ninguna lesión, que sólo se evitaba explorando exhaustivamente todo el tubo digestivo y sus anexos, valorando la movilización oportuna, especialmente del hígado, y realizando amplias laparotomías, procurando no olvidar las heridas retroperitoneales, por ejemplo, del colon.

Su criterio intervencionista hizo salvar muchas vidas en los heridos abdominales, que constantemente trató en los diversos Hospitales (Salamanca, Granada, Alcalá la Real, Córdoba (5) y Ronda (6)) en que trabajó durante la Guerra Civil española como jefe de equipo quirúrgico.

2.1.3. Su aportación a la cirugía andaluza Profesionalmente, Fermín Palma García fue un precursor; Gutiérrez Higuera (7), así lo define: *«Algo raro sonará en los oídos del hombre del último tercio del siglo XX, el elogio de una preocupación por el trabajo médico conjuntado, dividido y coordinado; una vez inventada la palabra equipo y su aplicación a ésta forma de actuar, se incorpora el término y el método a ese mundo del pensamiento en serie y de conductas*

(5) Durante las operaciones de Extremadura, bolsas de Don Benito y aledaños, tuvo jornadas enteras dedicadas a los heridos evacuados por el acceso a Córdoba.

(6) Hospital moro durante la Guerra Civil española, comúnmente conocido por «El Castillo», donde realizó la cirugía de guerra de los Tabor de Regulares.

(7) GUTIÉRREZ HIGUERAS, J. P.: *Recuerdo y Apología de Fermín Palma García*. Gráficas Nova. Jaén, 1971.

habituales, pero las cosas no eran así hace medio siglo y precisamente entonces, cuando don Fermín organizó la primera "Clínica de Especialidades" que se abrió en Jaén, rompiendo una tradición secular de individualidades que habían prestigiado en el pasado nuestra profesión, solitarios, aislados, como era posible y necesario en el siglo XIX, pero como no se podía seguir haciendo desde que la complejidad de las técnicas especializadas, determinaron un cambio de frente en el mundo de la asistencia médica. Este fenómeno fue captado, muy precozmente, por don Fermín, que puso al servicio de su implantación y desarrollo en Jaén, los esfuerzos y el tesón característicos de su personalidad. Simultáneamente con esta preocupación por rodearse de colaboradores y discípulos, surgió en él la de crear los medios hospitalarios públicos y privados que permitieran el ineludible cambio del escenario asistencia desde el domicilio del enfermo al Sanatorio o Clínica. Aportó para ello sus bienes y hasta su propia sangre».

«La cirugía que don Fermín encontró —cirugía de amputaciones y algo más— fue regada con el sudor de su frente y pronto vimos abordar cavidades orgánicas y sintonizar dentro de los limitados horizontes de una provincia como la nuestra, pobre en economía y en cultura, con la transformación vertiginosa de las técnicas quirúrgicas en el resto de España y del mundo. Estas áreas significaron una firme voluntad de perfección y progreso, que si no fueron obra suya en el planteamiento de sus principios rectores, sí lo fue en su anticipación a su época y ambiente».

Hizo posible su gran aportación a la cirugía de su tiempo, porque, como señala Guirao (8), «era un técnico anatómico consumado, junto a un verdadero tratado de voluntad. Su destreza, rapidez, prestación, arte en fin, conjunto de anatomía y disección, no la disección sola, que sólo indica cortar y cortar algo por descubrir su inte-

rior, sino la maniobra artística para estudiar la anatomía en el cadáver. Pienso yo que en la Sala de disección nacieron sus aficiones quirúrgicas, tal vez al comprobar que era más diestro, más artista en suma, que todos sus compañeros, tal vez alguno más anatómico».

Fermín Palma García ha sido, en su Andalucía natal, miembro destacado de esa gran Generación Médica noventayochista que con su obra ha contribuido enormemente a compensar el gran retraso cultural de su ambiente. Ha pertenecido a esa minoría selecta que supo luchar ante una realidad que no les agradaba. Discípulo y después colaborador en el quehacer quirúrgico de esa gran figura castellana, afinada en Granada, Víctor Escribano García, tan identificado con él temperamentalmente. Identificación que se tradujo en constante cambio de impresiones y consultas, así como en trabajo conjunto. Todas las publicaciones que realizó Escribano de Historia de la Medicina, tienen una especial dedicación a su fiel amigo, como le llamaba.

Es, asimismo, coetáneo de otras figuras de la cirugía andaluza: Lazárraga y Gálvez, en Málaga; Cortés, en Sevilla; Luque, en Córdoba, y Mesa Moles, en Granada. Todos ellos, con su aportación, renuevan el saber quirúrgico de la primera mitad del siglo XX. Para la época que le tocó vivir, fue un verdadero adelantado, que supo plantearse todos los problemas de su profesión y que resolvió con precisión y valentía.

Su aportación es clara y evidente. Es el iniciador de la cirugía de cavidades, de la disección del cuello y el primero que aborda la cirugía radical de la mama. Crea las especialidades. Implanta con la disciplina de rigor las medidas de asepsia. Organiza los primeros trabajos en equipo y crea instituciones, haciendo escuela que se perpetúa en la actualidad. Son etapas del que sabe crear con el esfuerzo y tesón necesarios, especialmente para el ambiente que le envuelve, tan escaso en medios y pobre en cul-

(8) Op. cit.

tura. Sin duda alguna, porque se plasmaba en él la vocación, responsabilidad y técnica, pudo realizar su obra. Lo ha señalado recientemente García Triviño (9). Vocación transmitida, ya que su predecesor ejerció la medicina heroica, del que tiene que hacer todo y realizarla en un medio rural, como era Guadix en el siglo pasado. Pero vocación también propia, nacida en el seno de una personalidad que sabe entregarse sin reservas, en una constante superación al lado de maestros de la época y en las jornadas de estudio y de dedicación en esa incansable jornada hospitalaria de cada día.

Fue el clásico cirujano general de su tiempo. Operó de todo lo que su fino saber anatómico le permitió. Lo mismo en sus sesiones diarias extraía un cálculo vesical, de los que llegó a tener una inmensa colección, inédita por su variedad y tamaño (inverosímil en nuestros días), que realizaba una histerectomía, una traqueotomía o trepanaba una mastoide.

El observador podía fácilmente presenciar esta variedad, unida a la exéresis clásica del apéndice o a la cura radical de la hernia que él sistematizó, modificando alguna de ellas. Creador, asimismo, en su ambiente, de la cirugía gástrica y biliar, realizó por primera vez, en estas tierras, la amputación abdómino-perineal del recto por cáncer. Aquella predilección por la cirugía tiroidea, realizándola con anestesia local, del que fue un entusiasta y un virtuoso, corrobora y afirma, una vez más, la capacidad como cirujano general y donde la labor del hombre tenía que sustituir todas las deficiencias y sustituirlas, precisamente, con la vocación y capacidad. Conocía muy bien los riesgos de su oficio. Su responsabilidad estuvo a tono con la maduración y el juicio claro y sereno que le caracterizaba. Como escribe García Triviño: «*ni optimismos temerarios, ni timideces inoperantes*» (loc. cit).

Sabía imprimir en los pacientes la seguridad y la calma, que tan necesarias son para

el acto quirúrgico. Quizá aquí estuvo el secreto, junto a su enorme preparación, del fervor popular que cosechó a lo largo de su vida.

Un clima de mayor exigencia se impuso con motivo de sus viajes a París, donde conoce, asistiendo a sus sesiones de trabajo, a Gosset y a Petit Dutaillet. Es después Roma, en su Policlínico y, finalmente, Berlín con Sauerbruch. Hay una mayor imposición técnica, a raíz de sus ampliaciones de estudio. Comprende, en la era preantibiótica todavía, la gran importancia de las infecciones en cirugía. Un gran conocimiento de la asepsia, le hace ser exigente. No se podía entrar en su sala de operaciones, como no se fuese enfundado de pies con los botos de lienzo hasta media pierna, cubierta la cabeza y la mascarilla de rigor. Esto en su época era notorio. Ahora no. Sus incisiones limpias, la disección exacta, la sutura, con el manejo diestro que tenía de la aguja de Reverdin, pulcra. Sin perder tiempo en lo accesorio, disponía del preciso para lo fundamental. Acababa una intervención —hay que decirlo— con la bata limpia. Manchaba sólo los dedos, finos y ágiles, que cubría con guante de goma y a veces con aquellos de seda blanca para las suturas continuas de vísceras que hacía manualmente. Impresionaba observar el suelo del quirófano, en el mismo estado de limpieza al final que al comienzo de la intervención. Y como marco a todo este conjunto, el silencio profundo que reinaba en aquel ambiente, haciéndonos recordar, una vez más, que se estaba en un templo, donde se realizaba un rito y un holocausto, como queriendo hacer del trabajo quirúrgico fuente constante de meditación.

2.2. *Obra político-social y sanitaria*

En el año 1928, en la imprenta Morales de Jaén, publicaba Fermín Palma un resumen de la labor realizada en el Ayuntamiento desde el 1.º de octubre de 1923, al 1.º de octubre de 1928, al concluir un quinquenio de

(9) GARCÍA TRIVIÑO, E.: *Saber quirúrgico. Semblanza de la Vida y Obra de...* Nova, 1971.

su gestión al frente del municipio, y creerse en el deber de dar cuenta a la opinión pública de cuanto se había realizado en beneficio del pueblo de Jaén.

Al hacerse cargo el 1 de octubre de 1923 de la Alcaldía, existían en caja 1.400 pesetas. Cuando se marchó el 13 de abril de 1929, había resuelto el problema más grande de la ciudad y que era el abastecimiento de aguas. Pero además, saldó todas las deudas y atrasos que tenía. Asimismo el Ayuntamiento que no era propietario del mercado de San Francisco, situado en el mejor sitio de la población, en aquella época, adquiriéndolo y abonando a los propietarios su valor. Una vez adquirido fue ampliado y dotado de las condiciones higiénicas precisas. Igualmente, hizo en el matadero y las escuelas, terminando el grupo escolar de la Alameda, añadiendo una escuela maternal, así como dos escuelas más en La Magdalena, tres de niñas en Recogidas. Una escuela graduada aneja a la Normal de Maestros en Martínez Molina. El Ayuntamiento por esa época mantenía las cantinas escolares y seis bibliotecas Cervantes.

En el paseo de Alfonso XII, se adquirió un solar para grupo escolar de seis grados. El Ayuntamiento también adquirió la finca de Caño Quebrado con destino a los alojamientos de las colonias escolares y el proyecto para el arreglo de la carretera que conduce a dicho paraje.

A esta época también pertenece el arreglo total de las alcantarillas, primera preocupación que tuvo para suprimir el cinturón de albercas de aguas fecales que rodeaban a Jaén y que era una de las causas que hacían considerar a esta ciudad como de las más antihigiénicas de España. Con la construcción de los colectores idóneos y que en su ejecución se gastaron 100.000 pesetas, se proporcionó al vecindario tranquilidad y bienestar, haciendo desaparecer los focos pestilentes, de infecciones que se mantenían de forma endémica.

Las mejoras se extendieron al cementerio, que pertenecía a partes iguales al obispado y al municipio, gestionando que pasara todo

al municipio, dotando de salas de autopsias y de todo el material necesario para su práctica y ampliando el número de naves.

La Beneficencia que tenía por entonces Casas de Socorro fueron dotadas de material quirúrgico y mejorando sus instalaciones. No era Jaén, por entonces, una ciudad que disponía de calles pavimentadas, exceptuando Bernabé Soriano y sus aledaños. Se dispuso la pavimentación y adoquinado al frente de la catedral en la plaza Santa María, calle Colón, Baños de la Audiencia, Rollán y Marín, etc., adoquinando las cuerdas del Cuartel de Caballería de la Guardia Civil, dotándole con dos acometidas de agua del raudal de la Magdalena. También se compró un solar de la plaza de San Francisco con cesión al Estado para que hiciera la Casa de Correos.

Fermín Palma, en esta época encarga, al arquitecto municipal, don Luis Berges Martínez, la confección de un proyecto de «ensanche» de la ciudad, exponiéndose al público, proyecto que Berges donó al municipio sin cobrar sus honorarios y que sirvió posteriormente en años sucesivos el ensanche de Jaén.

Pero la obra municipal que puso en marcha Fermín Palma como regidor de la ciudad, y la que más ha pasado a posteridad y celebrada en la época por todos los sectores de la sociedad, fue el «abastecimiento de aguas». No hay que olvidar que aquella época eran las fuentes públicas y el cántaro los que suministraban el agua a los hogares. Los lavaderos públicos (léase «Fuente de la Peña») contribuían a mejorar la difícil higiene de aquel tiempo. Jaén, en la segunda década del siglo XX, apenas contaba con 29 litros de agua por segundo para los 36.000 habitantes que tenía Jaén en 1923. Por todo ello, se anunció un concurso de proyectos, cuyas bases redactaron técnicos ajenos a la Corporación Municipal y entre los cuales se encontraba una representación de las Jefaturas de los Cuerpos de Ingenieros que tenían residencia en Jaén. Para aquel concurso se presentaron tres proyectos que fueron fallados por un jurado

Excmo Ayuntamiento de Jaén
Pleno 18-X-1923

Alcaldes de honor. Por el Sr. Secretario de hitina a los nombramientos de Alcalde de Honor, hechos por el Sr. (Presidente) Alcalde, el día 16 del actual, a los efectos prevenidos en la ley municipal y que son los Sres siguientes: para el 1º distrito Don Antonio Dolbeton, Grandeza, D. Miguel Guerrero Luna y D. Fernando Ferreras Pardo; para el 2º distrito D. Domingo Ferrado Ortega, D. Alfonso Estremosa y D. Rafael Gutierrez Baus; para el 3º distrito D. Juan Gabriel Aguilera, D. Antonio Garcia Morales y D. José M^o Oya; para el 4º distrito Don Juan Morales Chirca, D. Rafael del Moral Cardenas y D. Felipe Baus Ortega y para el 5º distrito D. Juan Esteban Monta, D. Rafael Cardenas Palomares y D. Juan Manuel Cardenas.

Distribucion de fondo - 1. E aprobó la distribucion de fondo para el mes de noviembre importante 84'585, 60 pts. Comunas de Chaffeur. El Sr. Presidente hizo saber que estaba sobre la mesa el expediente del Comunes de Chaffeur municipal y que procedia que se estudiara por los Sres Concejales, a fin de que sea resuelto definitivamente en la proxima sesion.

X Gracias al Sr. Presidente. A propuesta del Sr. Garcia Pueta, y por unanimidad, se concedió un voto de gracias al Sr. Presidente por su conducta en haber dejado en beneficio del pueblo, mientras desempeñe la Alcaldia, un sueldo de mérito de la Beneficencia Provincial.

No habiendo mas asuntos de que tratar, se levantó la sesion a las 19²⁵ de que ego el Secretario empiezo. entre paréntesis = presidente; sus vds; entre pa-



Excmo. Ayuntamiento de Jaén.

Angel Méndez Orbegozo, Ingeniero Industrial, vecino de Jaén, al Excmo. Ayuntamiento respetuosamente dice:

Que a virtud de iniciativa de su Ilustre Alcalde presidente Don Fermín Palma estimando de urgente necesidad la resolución del problema de abastecimiento de agua a esta Ciudad, ofrece desinteresadamente al pueblo de Jaén varios estudios o tanteos, en

**Ante-proyectos
para el abastecimiento de agua
de Jaén**

**dedicados al pueblo de Jaén
y en su representación al Excmo. Ayuntamiento
de esta capital**

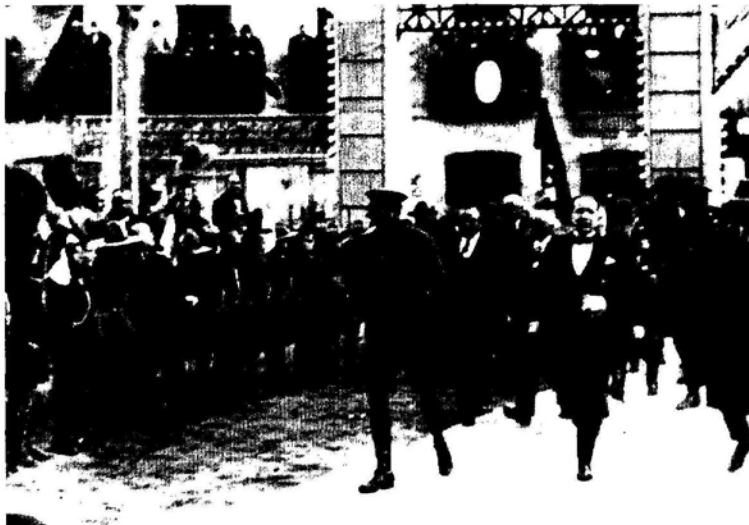
**por el Ingeniero industrial
Don Angel Méndez Orbegozo**



Año 1924



El obispo don Manuel Basulto y el alcalde don Fermín Palma, en un acto oficial. (Año 1925).



Don Alfonso XIII, en su visita a Jaén, el 15 de enero de 1926, es acompañado por don Fermín Palma, alcalde de la ciudad.

MADRID DIA 10 DE
DICIEMBRE DE 1926
NUMERO SUELTO
10 CENTS.

ABC

DIARIO ILUSTRADO.
AÑO VIGESIMOSEGUNDO
N.º 7.471

MADRID: UN MES, 3 PESETAS. PROVINCIAS: TRES MESES, 9. AMÉRICA Y PORTUGAL: TRES MESES, 10 PESETAS. EXTRANJERO: TRES MESES, 24 PESETAS. REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55, MADRID. APARTADO N.º 43.



El Sr. Yanguas (x), acompañado del Sr. Obispo don Manuel Basulto y del Sr. Alcalde, don Fermín Palma. (Foto Linares).



Caricatura de D. Fermín, realizada por Alfonso Pez (1927).



Úbeda, invierno de 1928; el homenaje al cronista don Alfredo Cazabán Laguna, reúne a las personalidades de la provincia de Jaén.



(x) Fermín Palma (presidente de la Diputación), a su derecha, José Alberto Palanca (director general de Sanidad) y a la derecha de éste, Fernando López Obregón (gobernador civil), en la portada de la Diputación Provincial, año 1930.



LABOR REALIZADA

POR EL

Excelentísimo Ayuntamiento de Jaén,
desde 1.º de Octubre de 1923 a 1.º de Octubre de 1928.

MORALES, IMPRENTA - JAÉN

Jaén 1.º de Octubre de 1928.

El ALCALDE,
Fermin Palma.

Informe al pueblo de Jaén de la labor realizada durante el quinquenio 1923-1928.



Teniente coronel jefe de Sanidad IX Región Militar (Granada, años 1946/47).

compuesto por los Jefes Ingenieros, el Inspector Provincial de Sanidad, el Subdelegado de Medicina y el Decano del Hospital Provincial, siendo ganador, y por mayoría, el proyecto del ingeniero de Caminos, don Francisco Navarro, que optaba por aguas derivadas del río Riofrío, después de respetar los riegos del pueblo Los Villares. Con toda urgencia fueron tramitados todos los informes reglamentarios, llegando en 1927 a poder del Ministerio de Fomento el referido proyecto, donde se solicitaba 200 litros por día y por habitante que prescribía el Estatuto Municipal.

Conviene rememorar que el estudio básico para el abastecimiento de aguas investigado por don Ángel Méndez Orbeago, ingeniero Industrial, que realizó un formidable ante-proyecto y que brindó gratuitamente al Ayuntamiento, está conservado en una memoria que se imprimió el 30 de abril de 1924 en Jaén (en la tipografía de «El Pueblo Católico»). En ella hace constar que por iniciativa del Ilustre Alcalde-Presidente que ha estimado de urgente necesidad la resolución del problema de abastecimiento de agua, *«ofrece desinteresadamente al pueblo de Jaén varios estudios en forma de ante-proyecto, que acompaña formando una memoria...»* por si pudiera ser base u orientación para el proyecto definitivo.

En el prólogo, don Ángel Méndez da las gracias al Alcalde por el entusiasmo y el apoyo decidido al ante-proyecto, a don Antonio de Gregorio, Secretario, a la sazón, del Ayuntamiento y a la cooperación prestada por don Manuel Serrano Piqueras, director del Laboratorio Municipal y a don Eduardo Ortega Navarrete, profesor-químico por *«la minuciosidad con que han efectuado los análisis de las aguas de los manantiales susceptibles de aprovechamiento»*.

La memoria, de 71 páginas, contiene cinco partes y un resumen. En la primera se ocupa del objeto y necesidad de la obra y de la cantidad de agua potable que necesita la ciudad de Jaén por día, haciendo un examen exhaustivo y comparativo de las necesidades de entre otras muchas ciudades españolas y

europeas, demostrando la ínfima cantidad de agua que abastece a Jaén, encontrándose la última entre 22 ciudades estudiadas en la Península ibérica. Termina este primer capítulo haciendo una recapitulación de los manantiales que existen al sur de Jaén y que por su altitud y situación geográfica son las indicadas para el afloramiento de aguas. Se referirá enseguida a los manantiales de Riofrío, manantial de la Fuente Dueñas y manantiales de Quiebrajano.

Para tomar las aguas del río Jaén o Guadalbullón, en las proximidades de la capital, sería preciso disponer de una determinada cantidad de energía para su elevación. El río Guadalbullón prácticamente es inagotable, al ser el drenaje natural del gran lago que hay en el subsuelo de Arbuniel y sus aledaños (especialmente hacia la provincia de Granada). Desviar la carretera por Cárcel, Carchelejo y el haber cerrado sólo el desfiladero o paraje «La Cerradura», por donde corre el cauce del río, unos 20 kilómetros más o menos, de Campillo de Arenas, donde había estado la cola del embalse, habría dotado a esta provincia del mejor e inagotable lago artificial, transformando en regadío a media provincia y cambiando tremendamente su economía agrícola, turística, deportiva e industrial.

La segunda parte la dedica al estudio para el aprovechamiento de los manantiales de Riofrío en su nacimiento. La tercera es una investigación acerca de los manantiales de Fuentes Dueñas (ojos de Mingo) y el río Riofrío. En la cuarta parte, se ocupa del ante-proyecto para el aprovechamiento del río de Quiebrajano. La solución industrial la estudia en la quinta, con el rendimiento económico y los medios de acometer la empresa. Termina su trabajo agradeciendo la colaboración de todos y de esta forma haber servido a Jaén, haciendo constar que lo ha hecho como donación a la ciudad de Jaén y de ahí el no haber cobrado nada por dicho ante-proyecto y que ha sido *«...por los insistentes ruegos de su buen y querido amigo, don Fermín Palma García, Alcalde de Jaén e iniciador de estas ideas...»*.

Un Reglamento de Sanidad municipal, durante su mandato se redactó, siendo aprobado en la junta general extraordinaria del 27 de agosto de 1925, actuando de secretario de la junta provincial de Sanidad, don Luis del Río; tiene 57 páginas (en Jaén, Imprenta Cruz, 1926). Suma 20 capítulos, abordando y regulando los siguientes aspectos sanitarios: Autoridades Sanitarias. Atmósfera. Terreno, aguas, vías públicas, construcciones, alimentos y bebidas, matadero público. Plaza de Abastos. Animales domésticos en vivo. Panaderías y venta de leches. Vaquerías y cabrerías. Lavaderos y baños. Viviendas económicas para obreros. Fondas. Posadas y casas de dormir. Escuelas e internados. Templos. Cafés. Tabernas. Fábricas y establecimientos insalubres. Teatros, cinematógrafos y círculos de recreo. Cementerios. Defensa contra las enfermedades contagiosas. Vacunación. Peluquerías y barberías. Ferrocarriles. Defensa de las enfermedades contagiosas de los animales: hidrofobia. Penalidad. Junta Municipal de Sanidad, su constitución.

El 18 de marzo de 1930 es nombrado presidente de la Diputación Provincial de Jaén. Cesó el 14 de abril de 1931, al proclamarse la segunda República, pero en solo un año y un mes, su actividad fue enormemente creativa. En la primera sesión que celebró el 21 de marzo, o sea tres días después de la toma de posesión, se hace un nuevo concurso para la adquisición de terreno para la construcción de un Frenocomio. La preocupación social y sanitaria se pondrá de manifiesto en todo el programa que va a poner en práctica. No en vano el 12 de marzo de 1928, en la Sociedad Económica de Amigos del País, Fermín Palma pronunció una conferencia sobre «Sanidad Pública», siendo todavía alcalde y en donde insiste que en un buen régimen municipal y provincial destacan los servicios de sanidad que aumentan la esperanza de vida y previenen infecciones, enfermedades, males y daños que pueden ser evitables.

El texto de la conferencia que se publicó en uno de los periódicos de la época en Jaén

—*Patria*, 13 de marzo de 1928— cuyo gerente era Miguel Cuenca Arévalo y el redactor jefe, Alfredo Cazabán Laguna, señala que para una buena política sanitaria no bastan «...las leyes aunque sean buenas...» pues «...no llevan en sí el poder de su eficacia, sin el motor de la autoridad encargada de hacerlas cumplir...». «...No se gobierna con leyes, sino con hombres honestos, de voluntad, capacitados e independientes...».

«En el gobierno local y provincial» —añade valientemente— «conviene alejarse de los prejuicios políticos, de los conceptos teóricos, siguiendo en cambio, el camino que enseñan los hechos, el método experimental que demuestra un buen conocimiento científico. Nuevamente en el texto, de forma clara puntualiza, «...el gobierno de la ciudad y sus problemas de administración, así como el de la provincia, no se consigue mediante leyes que se acumulan en las colecciones legislativas y luego se desprecian: la garantía está en las condiciones y moralidad de los hombres que gobiernan. Funciones que requieren una preparación personal, educación y formación técnica que no se puede improvisar».

Estas palabras ante el pleno del gran salón de la Sociedad Económica de aquella época, le permitió entrar en el tema de las deficiencias sanitarias y de forma especial en relación con la tuberculosis en Jaén y su provincia. Aporta cifras abrumadoras de la mortalidad de su tiempo. En Jaén, 28 por 1.000 habitantes, siendo la mitad de esta mortalidad por falta de higiene, medicación y lucha contra las enfermedades infecciosas, cuando en otras ciudades europeas estaba reducido al 16 por 1000, e incluso en las más avanzadas a 7 por 1000.

Comenta a continuación que «aunque las estadísticas no tienen la exactitud debida, los datos oficiales de 1923, de cerca de quinientas mil defunciones en España, y que la mitad morían por enfermedades que se desarrollan en ambientes antihigiénicos y que científicamente son afecciones que tienen la calificación de enfermedades evitables». «Y este quebranto de la vida na-

17-3-1930

Regístrese y pase al Negocio. P. para dar cuenta en la sesión plenaria de la Excm. Diputación el día de mañana



Blanco

GOBIERNO CIVIL
DE LA
PROVINCIA DE JAEN

El Excmo. Señor. Ministro de la Gobernación en telegrama de 15 de los corrientes, me dice lo siguiente".

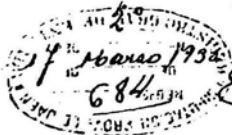
Negociado 12
Número 952

" Excmo. Señor. En uso de las facultades que reconoce al Gobierno al artículo, 8 del Real Decreto, de 15 de Febrero último, S.M. el Rey (q.d.G.) ha tenido a bien nombrar Presidente de la Diputación provincial, de Jaén a Don Fermin Palma García, y vicepresidente de la misma, a Don Antonio Cuadra Pasquau, de Real orden lo digo a V.E. para su conocimiento, el de la Corporación e interesado y a los efectos consiguientes"

Lo que traslado a V.S. a los efectos procedentes.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Jaén 17 de Marzo 1930.



Blanco

59

Señor Presidente de la Excm. Diputación provincial,
Jaén

Nombramiento de presidente de la Diputación.



60

Título de Hijo Adoptivo de Jaén.



MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN
ORDEN CIVIL DE SANIDAD
CANCILLERÍA

El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación se ha dignado conceder a V. S. por O. M. de 10 de Julio de 1951 el ingreso en la Orden Civil de Sanidad, con la categoría de ENCOMIENDA CON PLACA

Lo participo a V. S. para su conocimiento y satisfacción, advirtiéndole que no podrá usar las insignias de la Orden mientras no se halle en posesión de la carta de pago que acredite haber abonado, en las Oficinas de Hacienda, los derechos correspondientes, y entrega, en la Cancillería de la Orden, de los timbres establecidos por la Ley vijenta.

Madrid, 12 de Julio de 1951



Fernán Palma García

61

Señor Don FERNAN PALMA GARCIA.

Orden Civil de Sanidad y Encomienda con placa.



Cuerpo facultativo de la Beneficencia Provincial, reunidos en almuerzo de confraternidad en la festividad de San Juan de Dios (8 marzo 1950). De izquierda a derecha: Eduardo García Triviño, José María Comas, el arquitecto de la Diputación don Francisco López Rivera, don Diego Luzón, don Fermín Palma, don Vertilo Graciliano García López, Gabriel Arroyo, Enrique Alcázar, Manuel Segovia y Nicolás Capón. (Faltan miembros del cuerpo facultativo de la época que no incluye la fotografía, probablemente de uno de los comensales).

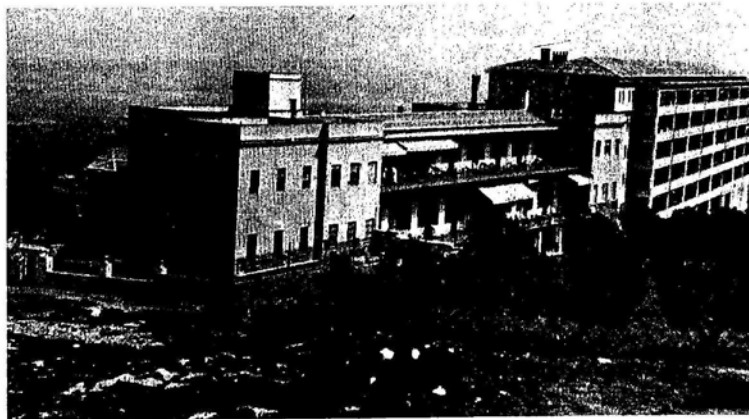
62



Puerta del decanato del viejo Hospital Provincial de San Juan de Dios, testigo de una sólida, silenciosa y eficaz dirección.



Fermín Palma García y la 1.ª promoción de la Escuela de Enfermeras. Marzo 1954.



Sanatorio «El Neveral». A la izquierda, el primitivo pabellón. Se inició su construcción bajo el mandato de D. Fermín Palma, en la Diputación Provincial.

cional y provincial -puntualiza Fermín Palma- no se combate con mayor literatura legislativa, a bordo de la Gaceta, con el descrédito que alcanzan las leyes incumplidas, sino con medidas efectivas».

«La política sanitaria intensa, continua y severa deberá desarrollarse con gestores profesionales, técnicos, bien formados, con seguridad en el cargo y con total independencia de influencias o presiones que estorben y desvíen su honesta y competente gestión profesional, fomentando además en su área, la cultura, el aprovechamiento de todos los recursos y la educación ciudadana con protección de los más débiles y de los pobres desheredados; no olvidemos que estamos a finales de la década de los años veinte».

En resumen pues, un fomento sanitario, una buena gestión, en relación con la tuberculosis que era su gran preocupación, tan generalizada en España, que ocasionaba, más de 70.000 víctimas anuales en el primer tercio del siglo XX, que además llenaba el 50% de las camas hospitalarias, pues el bacilo tuberculoso se instalaba como huésped permanente en los domicilios de todos, permaneciendo al acecho de sus víctimas, pero eligiendo como predilectos a los seres de ambiente pobre, faltos de nutrición e higiene. En este texto ya señala el lugar idóneo para la construcción de un Sanatorio Antituberculoso, señalando al que se sitúa por encima del que ya el Ayuntamiento bajo su presidencia compró -paraje de Caño Quebrado- para refugio escolar, colonias y niños pretuberculosos. Allí podría la Diputación Provincial, construir dicho Sanatorio, y efectivamente, es lo que él hace enseguida que toma posesión de la Presidencia. Consecuentemente, el 5 de diciembre de 1930, se firma la adjudicación de las obras del Sanatorio aprobadas en la sesión del día anterior: *El Neveral* (por enclavarse en el cerro del Neveral) que en un principio se le llamó *Enfermería Victoria Eugenia* en honor de la reina, tras la subasta que se verificó el día 29 de noviembre de 1930 y que se hizo a favor del constructor don Anto-

nio Alemán Illan por la cantidad de 377.998,62 pesetas.

La finca de *El Neveral*, donde si inició la construcción, fue adquirida por la Diputación en 35.000 pesetas, con una extensión de 14 hectáreas, 3 áreas y 45 centiáreas. A esta finca se le adhirió el terreno ofrecido por el Ayuntamiento colindante con la adquirida y con la de Caño Quebrado. Tenía el aliciente de que suministraba el agua del Alamillo, tan conveniente a tal empresa. En este paraje se pensó construir asimismo el frenocomio, pues resultaba imperativo, ya que los enfermos dementes tenían que ser asistidos en Ciempozuelos, hasta que el Centro Psiquiátrico se construyera. Ya con anterioridad, en sesión del 8 de agosto de 1930, se acordó proveer por oposición una plaza de médico alienista (alguien ha apuntado que en la Diputación, a pesar de ser el mes de agosto, se celebraron varias sesiones de la Corporación Provincial, porque parece ser que, por entonces, no había vacaciones, aunque es de suponer que hiciese el mismo calor que ahora y sin acondicionadores de aire). De aquella sesión saldrían las oposiciones ganadas brillantemente por el Dr. Juan Pedro Gutiérrez Higuera meses después, con el inicio de la asistencia psiquiátrica médica o científica.

También ha de comentarse aquí, en los tiempos de don Fermín como presidente de la Diputación, la aprobación de la propuesta y proyecto de ampliación del Hospital de San Juan de Dios con un nuevo pabellón que habría de llamarse desde entonces el «pabellón de la Dictadura», lo que supondría una considerable mejora de la estructura de conjunto y un claro aumento de camas asistenciales que iban siendo cada vez más necesarias, según aumentaban en el Hospital las distintas especialidades médicas. (Sus fotos aparecen más adelante, en el trabajo relativo al Dr. Gutiérrez Higuera).

Este es, en resumen y a grandes rasgos, la labor que desde los puestos de la Administración local y provincial realizó Fermín Palma, siendo sus obras el testimonio más elocuente de su capacidad creativa.

Jaén, noviembre 1998.



65

Fermín Palma y Juan Pedro Gutiérrez, en una comida de fraternidad del cuerpo facultativo de la Beneficencia Provincial. A la derecha de don Fermín, don Gabriel Arroyo. A la izquierda de don Juan Pedro, don Gregorio García Sedeño, don Craciliano y en primer plano la simpática figura de don Tomás Fernández Cañada. (Década de los años cincuenta).